

CORRESPONDENCIA

GOLFO DE GUINEA

XVIII

Peligros y sustos en mar y en tierra

Si bien es cierto que en nuestras posesiones africanas poco ó nada hay que temer de las bestias salvajes; sin embargo, no dejan éstas de vez en cuando, en la parte del continente vulgarmente llamado Cabo San Juan, de dar algún susto á los misioneros. Pero Aquella bajo cuyo manto se acogen los tigres y leopardos, figura de los pecadores, no ha de permitir que sus queridos hijos sean presa de fiera alguna. Fundada la Misión, y cuando apenas se habían hecho cargo del peligro que corrían por razón de las fieras que vagan por aquellos bosques, en pleno día se les presenta frente la casa un leopardo ó tigre, que no supieron de cierto qué era, pues como se deja suponer no se pararian mucho en mirarle la cara, y los del piso bajo no esperarían á ser llamados por los de arriba, sino que á toda prisa cerraron la puerta, poniendo detrás cuantas mesas y sillas tuvieron á mano. Parece que su venida sólo tuvo por objeto estimularles á que estuvieran advertidos y vigilantes, toda vez que atendida la fiereza de aquellos animales y la rapidez con que se arrojan sobre la presa, parece increíble que no pillara á alguno.

El día 12 de Julio tocó el turno al H. Codina. Habiendo salido de casa como á las nueve de la mañana para trabajar en el jardín, próximo á la misma, terminada su tarea emprendió su regreso; mas al levantar los ojos observó que tenía delante un enorme tigre. Calcúlese el sobresalto que se apoderó de su corazón al ver la muerte tan al ojo, pues creyó iba á ser presa de su voracidad; pero no, se miraron uno á otro por unos cinco minutos, y al ver sin duda el tigre el espanto y agitación del buen Hermano, resistió la tentación de devorarlo, y se fué por el bosque á buscar alimentos más frugales. El Hermano, al ver la extraña acción del feroz tigre, elevó el corazón al cielo, y corrió más que de prisa á ponerse en salvo, por si acaso la fiera se arrepentía de su primera resolución.

Año II.—N.º 27

No menos admirable fué el modo con que el H. Garús se salvó de un naufragio. El 6 de Agosto del mismo año (1886) se embarcó en un cayuco, remado por dos krumanes y un niño de la escuela, con dirección á un pueblo que dista de la Misión cerca de una hora. A la ida tuvieron feliz viaje; mas al regreso levantóse una violenta tormenta y el mar se puso como alborotado, tanto que las olas envolvían la pequeña embarcación, hasta que por fin, lleno de agua el cayuco, se sumergió con los tripulantes. Pero á poco se dió vuelta al cayuco, vaciándose por consiguiente de agua y subiendo instantáneamente á flote, yendo agarrados á los palos el Hermano, los krumanes y el niño. Este con todo el fervor levantaba sus manecitas al cielo, diciendo:

—¡Dios mío, amparadnos, libradnos de este peligro!

Nuestro Hermano sin perder la serenidad de espíritu ya se puede suponer que haría lo mismo, y de corazón, traduciendo á la práctica aquel refrán: «Si quieres saber orar, entra en la mar.» Y ¡cosa admirable! el empuje de las olas y de los vientos les sirvió de remos, y llegaron á salvar la costa sin la menor novedad, si bien que el Hermano en aquel combate naval perdió sombrero, quitasol y zapatos. ¡Cuántas peripecias trae consigo el viajar por aquellos mares! Pero ¡cuán bien se descubre en todo la Providencia de Dios sobre los misioneros! Vamos á otro.

Hecho felizmente el viaje de Santa Isabel á Elobey por el reverendo Padre Prefecto en la ya histórica goleta *Ligera*, trató de visitar las

demás casas allí contiguas, ya para algún cambio de personal, ya para el suministro de víveres necesarios.

«Alquilamos, dice aquel entusiasta y laborioso Padre, un bote cayuco (que á duras penas se pudo encontrar) y en él nos embarcamos el *visitante*, dos niños del país y dos krumanes destinados á la Misión de San Juan. En cinco horas y sin necesidad de remos nos trasladamos á aquel Cabo, sin otro percance que algún baño de impresión de vez en cuando, y de echar bilis al mar con mucha frecuencia. Viaje feliz fué éste, sin embargo: no fué así la vuelta. Partimos á la mañana siguiente con un Padre de aquella casa y los dos muchachos remeros. A remo caminamos unas dos horas; pero como la brisa suele allí levantarse á las doce del día, determinamos detenernos en la playa para al mismo tiempo descansar. Así fué, en efecto: emprendimos la

4 Febrero 1894

marcha con vela desplegada á esta hora poco más ó menos; mas como se levantase un fuerte ventisco, rasgóse la vela, que debía ser muy vieja, y no hubo más remedio que aproximarnos á la playa para coserla. Empero ¿cómo dirigir el bote por entre aquellos peñascos? En un tris estuvo que el bote no se estrellara y que no nos fuéramos todos á beber agua. Arribamos con trabajo á la playa, y la primera diligencia fué correr por hilo á la primera tienda que vino á mano, quiero decir al primer zarzal que se topó al paso. Cortan enredaderas, hacen hilo y cuerda, y sin máquina de coser quedó á la hora arreglada la vela, y por entre peñascos subíamos á alta mar. Aquí nuevo susto; pero nueva satisfacción al vernos triunfantes por segunda vez. Una vez en alta mar, era de ver aquel pez de madera, cual si fuera un rayo, hender las aguas... A las seis de la tarde estábamos ya en Elobey.

«Al día siguiente, después de cargar el bote con los víveres de la Casa Misión de Corisco, emprendimos la marcha los mismos tripulantes hacia aquella isla. Aunque con poca brisa fuimos á la vela hasta las tres de la tarde, faltándonos para llegar á la isla unas dos millas; mas á esta hora empezó á reinar completa calma, y no hubo más remedio que remar. Observé al poco tiempo que no adelantábamos nada, que á la misma distancia estábamos á las seis que á las tres, que los esfuerzos de nuestros remeros eran neutralizados por una corriente contraria. ¡Válganos San Jorge bendito! Obscurece por fin, la isla desaparece entre las sombras de la noche, y para mayor desgracia los muchachos se cansan de remar. Ya otras veces ha sucedido lo mismo: ocasión ha habido en que, viéndose perdidos, recogen los remos y se abandonan á una completa inacción, resueltos á morir descansados: ¡les parecerá que el viaje á la eternidad va á ser muy largo! Pero ¡qué lance tan apurado! ¡qué situación tan triste!

—«¿Qué hacemos? dije yo á mi compañero. No podemos pasar adelante; tampoco podemos estar parados, porque no hay fondo para anclar; y si nos dejamos llevar de la corriente, sabe Dios dónde amaneceremos, si es que no nos estrellamos contra algún peñasco.

«Eran sobre las ocho de la noche, levantóse una brisa más que regular; desplegamos la vela, pero el viento nos era contrario.

—«Volvamos á Elobey, dijimos.

«Pero ¿cómo entrar en la isla? El viento nos favorece, es cierto, mas ¿toparemos con nuestro objeto en noche tan oscura? Con todo, el mejor partido que podíamos tomar era éste, si no queríamos exponernos á perecer. Confiando en la Providencia del Señor y después de habernos encomendado á nuestra siempre cariñosa Madre, emprendimos la vuelta á Elobey, llegando felizmente á las doce de la noche.»

En aquel entonces no teníamos aún residencia en aquella pequeña isla; así se fueron nuestros misioneros á casa del señor subgobernador, y como todos estaban descansando, no quisieron despertarles, y para repararse del cansancio de tan fatigoso día se recostaron en dos sillas que encontraron por fortuna en la galería. ¡Bendito sea Dios! y ¡cuánto repugna á la naturaleza el no encontrar buena acogida después de tantos sustos y trabajos! ¡Suerte que la Virgen sabe muy bien miti-

gar esta repugnancia con alguna migajita de sus espirituales consuelos!

Al poco tiempo de este tremendo susto, habiendo visitado el mismo Padre Prefecto la Misión de Corisco, determinó pasar á San Juan. Hizo noche en Elobey, y al día siguiente con sus compañeros se dispuso muy tempranito á emprender el viaje en el mismo bote con que habían venido de Corisco. Pero el demonio hizo aquella noche una de las suyas, permitiéndoselo el Señor sin duda para probar la paciencia de nuestro laborioso é incansable Padre. Pues ¿qué hizo? sembrar cizaña, mientras estaban durmiendo. Había desaparecido el bote del puerto sin que nadie supiera de él, y el propietario había también salido en otro bote, para averiguar el paradero del suyo. ¿Qué hacer? Habían perdido bote, patrón y provisiones que llevaba para la Misión de San Juan.

—Sin embargo, dijo el Padre, mal que le pese al de los cuernos, este viaje se ha de hacer.

Fletaron, pues, un viejo y casi inutilizado bote, tripulado por algunos indígenas y dos krumanes, y favorecidos por una ligera brisa emprendieron el viaje, que si bien no muy feliz, lo fué lo suficiente para que el diablo no se saliera con la suya.

Y ¿qué fué del bote perdido? A ocho millas de la bahía de Elobey apareció flotando en medio de las olas, sin darnos cuenta de dónde venía, ni á dónde iba; con la circunstancia de haber recorrido tan largo trayecto sin velas, sin remos y sin timón, y arrastrando el ánco- ra. Calcúlese cuál sería la satisfacción de los Padres al recuperar las provisiones de la Misión, cuya pérdida les tenía muy afligidos.

Todos saben la ferocidad de la hiena; pues tampoco faltan en aquellos países. Tomó una vez este fiero animal tanta aversión á los gatos de la Misión de San Juan, que no les dejaba parar. En diferentes noches compareció, y seguía persiguiendo los gatos por toda la casa con infernal ruido. Se ponía bajo la galería acechando; le tiraban como quien dice á boca de jarro, y nunca le tocaban. Ya no sabían cómo sacarla, porque diariamente se presentaba, y si bien sólo acometía á los gatos, temían que algún día cambiara de táctica, atendida su ferocidad. Por fin desapareció sin saber cómo, librando así á nuestros hermanos de angustias y temores.

Un caso semejante pasó con una pantera. Afligidos nuestros hermanos por el destrozo que hacía una terrible serpiente en el gallinero, pararon un lazo ó cepo en la puerta. Entrada la noche fueron por huevos, y al llegar, oye el Hermano extraño ruido, producido por una pantera: aterrorizado al principio, se para, y en seguida toma un fusil para perseguir á la fiera. El animal pudo huir desenredándose del cepo de hierro que iba arras- trando.

En otra ocasión saliendo un Hermano con el fusil hacia la playa, divisó una enorme serpiente que descansaba arrollada en la arena; le apunta, y el animal, que estaría sobre aviso, se levanta recta, como quien dice: Si te atreves... Entonces el cazador, temiendo que si no le acertaba sería presa de la fiera, emprendió la fuga.

Varios son los lances que les han pasado con esta especie de animales.

También en Elobey experimentábamos los efectos de su voracidad. Entró por casualidad una noche el Hermano en el gallinero, y en un ponedor vió á una enorme culebra, que harta de huevos, estaba descansando: me pidió le trajera un machete dispuesto *ad hoc*, y empezó á descargar golpes sobre el animal, que sacaba la cabeza fuera, como si quisiera embestir. Mucho me temía, pero salió triunfante el Hermano. A los pocos días encontramos otra, que no nos atrevimos á despertar. Era enorme; cuatro ó cinco palmos de grueso, con una cola terminada en forma de lanza. Avisamos á los marineros, para que con sus fusiles vinieran á asegurar el golpe. En efecto, comparecieron por la mañana, y le dieron fuego de firme: así se le hizo restituir los huevos y gallinas que había devorado. La mayor parte de las culebras del país no son venenosas, y hasta hay algunas muy mansas, que los naturales acarician sin recelo. Sin embargo, á los españoles no nos gustan tales bichos.

MÉJICO

Catolicismo de los mejicanos.—Popularidad de la Obra de la Propagación de la Fe

De una carta del Rdo. P. Terrien, delegado de la Obra en Méjico, extractamos lo siguiente:

AL salir de la capital de Méjico con mis compañeros me dirigí á Querétaro, ciudad episcopal, de cuarenta mil habitantes. Sus principales iglesias son la Catedral, la Basílica menor de Nuestra Señora de Guadalupe, Santa Clara, San Agustín y Santa Teresa.

Esta ciudad, esencialmente católica, distínguese por sus sentimientos caritativos. Los protestantes, que trataron de instalarse en ella, perdieron tiempo y dinero, y aun hubieran perdido la vida, á no ser el espíritu de moderación que anima á todo buen católico. Y á la verdad, ¿qué se proponían los protestantes en aquella excelente población? ¿A qué exasperar con la predicación de sus falsas doctrinas, á un pueblo profundamente religioso y de fe inquebrantable? La nación mejicana, en efecto, es ante todo católica, y confío que nunca se dejará conquistar ni dominar por el error.

Los habitantes de Querétaro, clero y pueblo sin excepción, se mostraron entusiastas por la Obra de la Propagación de la Fe. En menos de cuatro semanas tuvimos más de cuatro mil asociados y buen número de bienhechores insignes entre las principales familias. Todos rivalizaban en celo y abnegación en favor de los pobres infieles, y allí, como en San Juan del Río y León, fui testigo de actos heroicos de caridad.

Desde León me dirigí á Guanajuato, capital del Estado de este mismo nombre, que dista 406 kilómetros de Méjico y se halla 1,834 metros sobre el nivel del mar. Es una ciudad de á 73,000 habitantes, comprendidos los mineros. Situada en un profundo y angosto valle, y rodeada de montañas que encierran las minas de

plata más ricas del mundo, su posición pintoresca le da un aspecto verdaderamente extraordinario y original.

La mayor parte de sus calles, estrechas é irregulares, no permiten la circulación de vehículos. A fuerza de trabajos gigantescos y costosos se ha logrado, en ciertos sitios, rebajar el nivel de la parte superior de las colinas, y levantar la parte baja; hanse derribado multitud de casas para dar amplitud á las vías públicas, y se han construido muchos puentes de dimensiones enormes por donde corren las aguas para el consumo de la ciudad.

Admíranse no pocos edificios grandiosos, templos magníficos, paseos y jardines que, á causa de su singular situación, con frecuencia han sido comparados con los jardines colgantes de Semíramis en Babilonia. La mayor parte de las casas del centro de la ciudad son de dos y tres pisos, y por su aspecto puede llamárselas palacios.

Viva satisfacción experimenta el viajero al contemplar, desde cualquiera de las numerosas colinas que la rodean, el panorama de la ciudad. Esta masa de edificios magníficos en el centro, humildes en los alrededores, sin orden ni concierto; las cúpulas y torres de las iglesias que todo lo dominan destacándose sobre las verdes montañas, y de forma caprichosa y pintoresca, y por último las minas, cada una con su espléndida capilla, todo eso forma un conjunto difícil de describir.

Entre sus paseos merece citarse la Presa de la Olla (*V. los grabados de las págs. 64 y 68*), y el jardín de la Unión en el centro de la ciudad. En dicha Presa las principales familias de Guanajuato pasan las estaciones del calor y de las lluvias, en lujosas y encantadoras quintas construídas junto á la calzada y la plaza. Dos soberbias hileras de fresnos y eucaliptos, paralelas á la Presa, llegan hasta la magnífica plaza y el jardín público, en que mil y mil flores tropicales perfuman el ambiente, convirtiendo aquel ameno sitio en paraíso terrestre. ¡Qué vegetación tan exuberante! Un servicio de tranvías enlaza la ciudad con este delicioso paseo. Un grandioso estanque recoge todas las aguas que bajan de la montaña. El 30 de Junio de cada año ábrense las puertas del dique que las retiene; llegan á la ciudad por los canales, y cada casa se provee de agua por todo el año.

Gracias á las minas el Estado de Guanajuato es tal vez el más rico de Méjico. Su población dedícase en gran parte á este género de trabajo.

Un amigo tuvo la amabilidad de acompañarme á una de aquéllas, en la que trescientos hombres trabajaban en extraer el mineral argentífero. En un carrito, colocado sobre los rieles y arrastrado por un caballo, llegamos al centro de la mina, á mil quinientos metros en el interior de la montaña. La piedra en que se encuentra la plata la transportan á la hacienda de beneficio (*V. el grabado de la pág. 65*), donde después de varias transformaciones, se extrae el metal y lo funden en barras.

Confieso que sentía cierta aprensión al dirigirme á Guanajuato; pero, á Dios gracias, tuve gratísima sorpresa, pues la Obra de la Propagación de la Fe ha sido en ella perfectamente comprendida y aceptada. Gracias á la superior inteligencia, á la esmerada educación y á

los nobles sentimientos que distinguen á aquellos habitantes, ha obtenido un resultado que distaba mucho de prever.

Durante las cuatro semanas que moré en dicha capital, me hospedó un joven sacerdote que dirige un colegio católico. El párroco, sus vicarios, los Religiosos, todos me recibieron como un hermano y facilitaron el desempeño de mi comisión. Los fieles se apresuraron á inscribirse en la benemérita Obra, y cuando partí contábanse más de trescientas decenas de asociados y buen número de decenas personales. Una Comisión de señoras celadoras, escogidas entre las familias más notables de la ciudad, ocúpase con ardor en recoger limosnas y aumentar más aún, si es posible, el número de asociados. Bajo la presidencia de un celoso sacerdote se ha organizado otra Comisión de caballeros, y estoy seguro que progresará nuestra querida Obra.

ECUADOR (América Meridional)

Noción general de los jibaros.—Regiones que ocupan.—Su lenguaje.—Su crueldad y espíritu de venganza.—Constitución física.—Costumbres.—Su religión.—Idea de Dios, del cielo, del infierno.—Supersticiones.—Consultas al diablo.

El Rdo P. José Vidal, M. O., escribe al reverendo Padre Director de *El Eco Franciscano* la siguiente interesantísima carta:

CREO serán del agrado de V. R. y de los benévolos lectores de *El Eco* algunas noticias sobre el carácter, religión, costumbres, etc., de los salvajes, cuya reducción y conversión el Gobierno del Ecuador, de acuerdo con la Santa Sede, ha encargado á tres Ordenes religiosas. Los reverendos Padres Dominicos se hallan establecidos entre los jibaros de Macas, y los ilustres hijos de Dom Bosco en breve se harán cargo de la jibaría de Gualaquiza.

Noción general de los jibaros.—La familia jibara es una de las más numerosas y dilatadas de infieles que existen en los bosques orientales del Ecuador. Ocupan la sección de terreno comprendida desde el río Chinchipe al Sur de Loja; la orilla izquierda del Marañón hasta el Pastaza, que nace en las vertientes de los volcanes Tunguragua y Cotopaxi, y las faldas orientales de los Andes comprendidas entre los orígenes del Chinchipe y Pastaza. La nación jibara está dividida en distintas tribus, que toman la denominación del río en cuyas orillas habitan. Las distancias que median entre las tribus son más ó menos considerables, y para visitarse necesitan emplear diez, veinte y aún más días. Todos hablan el mismo idioma, que según he podido comprender es bastante expresivo, y sobre todo enérgico, por razón, sin duda, de su carácter independiente y belicoso. Si los jibaros estuviesen todos bajo un solo jefe, comprenderían una nación temible y terrible para los demás salvajes sus vecinos: empero como de tribu á tribu de la misma nación se hacen con frecuencia guerras de exterminio que engendran enemistades irreconciliables, de aquí que cuando se unen dos ó más tribus para hacer la guerra á otra nación de salvajes, no causen toda la carnicería que intentan, por los celos y rivalidades que existen entre ellos; pues mientras baten

al enemigo debe cada uno estar alerta para no ser víctima de la venganza personal de alguno de los suyos. Si bien cada tribu jibara tiene su cacique, hacen muy poco caso de su autoridad; sólo le obedecen en tiempo de peligro.

Las tribus no están agrupadas en pueblos, sino que cada familia particular se establece donde quiere, y siempre distante de las chozas de las demás. Este modo de vivir es común á todos los salvajes de la América del Sur. Si entre los individuos de una misma tribu conservan ciertas relaciones indispensables para la común conservación, esto no obsta para que entre ellos se tomen sangrientas venganzas, siempre á traición. Cuando se hacen la guerra de tribu á tribu, ó contra una nación vecina, se convierten en fieras, luchan cuerpo á cuerpo, si por medio de alguna celada no sorprenden al enemigo. Empero cuando se trata de una venganza particular, ésta reviste los caracteres de la felonía. Es frecuente invitar á la víctima á comer, á una partida de caza, á una visita, y cuando se halla más descuidada la atraviesan con la lanza. A veces repite estas invitaciones sin que, por el momento, intente nada; sino al contrario, la obsequia y le manifiesta con hipocresías una deferencia que hace suponer una reconciliación, cuando sólo es para asegurar mejor el golpe y evitar las sospechas y responsabilidad. Otras veces aprovecha la primera oportunidad, cuidando no les vea la misma víctima.

El espíritu de venganza está tan arraigado entre los jibaros, que aun cuando pasen años sin que lo puedan saciar por no presentarse la ocasión, siempre la llevan á cabo por sí ó por sus hijos. La primera lección que dan á éstos es indicarles la víctima: «Fulano mató á tu abuelo, hermano, tío, etc.,» y les imponen como un deber el vengarlos. No pierden la ocasión, cuando se ofrece, de exhortar á sus hijos de poca edad á que no les horroricen la sangre y sufrimientos de la víctima. El padre procura hallar al enemigo desarmado, ó herirlo á mansalva y una vez indefenso ejercita á su hijo para que lo mate con la lanza. Si el pequeñuelo, no acostumbrado á ese espectáculo, y ante la sangre y lamentos de la víctima se conmueve, el padre lleva su ferocidad hasta poner la lanza en manos de su hijo, tomarle las manos y hacer que la hiera y le dé la muerte. Con estas lecciones es raro hallar un jibaro que á la edad de veinte años no sea homicida. Por esto el jibaro nunca va desarmado: la lanza es su alhaja favorita é inseparable.

El jibaro es en general de constitución robusta y proporcionada, su mirada viva y penetrante, la expresión de su semblante humilde ó ferozmente siniestra, según las circunstancias: es inteligente, y aprende con facilidad cuando se propone aprender; combina y prepara admirablemente sus celadas y planes de combate contra los demás salvajes, que le temen mucho. Es naturalmente ocioso, altivo, soberbio y muy amante de su independencia, lo cual será un gran obstáculo para su civilización y conversión, especialmente tratándose de adultos. Si bien se consideran humillados al tratar con los cristianos y personas civilizadas por el mayor caudal de conocimientos y habilidades que éstos poseen, no pierden empero la oportunidad de manifestar en alguna cosa su mayor conocimiento y destreza cuando se pre-

senta la ocasión; como por ejemplo, en la precisión con que predicen la creciente del río, si observan alguna tempestad en las alturas de los Andes; en el manejo de la canoa, en el uso de la cervatana y lanza, etc. En estas y semejantes ocasiones se complacen en hacer alarde de su superioridad.

Los jibaros, como los demás salvajes de América, abandonados á su propia suerte, no aspiran más que á satisfacer sus necesidades animales; de modo que pasarían siglos sin que adelantarán un paso en el camino de su perfeccionamiento intelectual, moral y social.

Religión.—Tienen una idea muy vaga y oscura de Dios, y creen que no interviene en los sucesos del mundo. Si se les pregunta ¿quién ha hecho la tierra, el sol, la luna y las estrellas? quedan sorprendidos y no saben

tellano. Chuirá, que era uno de ellos, señalando la imagen del Crucifijo me preguntó:

—¿Cómo Dios sendo?

Les expliqué lo mejor que pude, acomodándome á sus groseras concepciones, la creación del mundo, del hombre, la caída, la redención, la necesidad del bautismo para ser cristianos y salvarse, y que los que no eran cristianos iban al infierno. Algo comprendieron, pues Chuirá volvió á preguntarme:

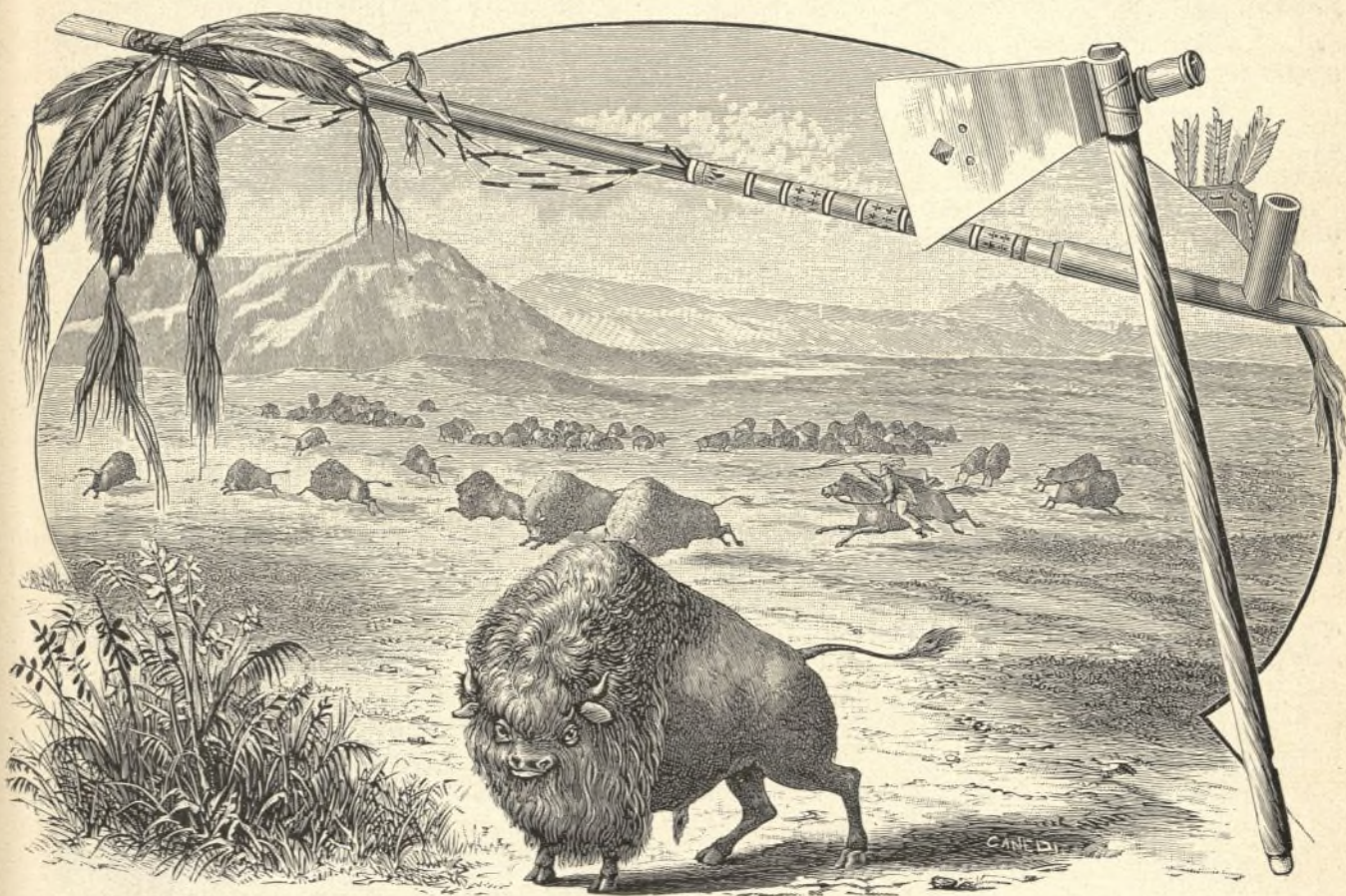
—¿Jibaro infierno?

—Sí, jibaro mucho malo, jibaro matando, jibaro infierno.

—Cristiano malo sendo, cristiano robando.

—Cristiano malo infierno, cristiano bueno cielo.

—Jibaro bueno cielo.



AMÉRICA DEL NORTE.—Caza del búfalo. (Pág. 59)

qué contestar. Limitando todas sus aspiraciones á un positivismo sensual, creo que nunca se les ha ocurrido la idea de si la tierra, sol, etc., tienen ó no principio. Sospechan la supervivencia del alma, sin poder explicar en qué consiste, ni cuál es su destino. Cuando se les habla de Dios, de su omnipotencia, Providencia, de los premios y castigos de la vida futura, y sobre todo de la resurrección, escuchan con asombro, si bien no comprenden, por de pronto, toda la importancia y trascendencia de estas verdades. La imagen del Crucifijo les llama la atención, y algunos por lo que han oído á los Padres y cristianos saben algo de Dios. Una vez estaba yo explicando los principios de la Religión á cuatro jibaros, insistiendo de un modo particular sobre la Providencia. Los cuatro entendían regularmente el cas

—No, jibaro bueno, no bautizado cielo no yendo.

—Mio muchacho (hijo) no matando, ¿cómo infierno yendo?

—Muchacho no bautizado taita Dios no queriendo.

—¿Soldado infierno yendo?

—Soldado malo infierno, soldado bueno cielo.

En otra ocasión en que el P. Antonio González visitó á Bombachi, que se hallaba postrado en el lecho á causa de una fuerte fiebre, y es naturalmente sencillo y de buenos sentimientos, expresó con su candorosa sencillez el modo grosero cómo conciben sus relaciones con Dios, á pesar de lo que con frecuencia oyen de los Padres y cristianos. Durante la conversación Bombachi dijo:

—Padre, yo no morendo, mio corazón piedra pa-rejo. ¿Acaso piedra, piedra grande morendo? No. Yo tampoco morendo. ¿Acaso taita Dios mio sangre dando, para quitando?

Como el Padre le dijese que Dios no quería que los hombres viviesen siempre en este mundo, le contestó:

—Yo infierno no yendo; yo arriba cielo; yo bueno sendo, jibaro no matando.

Lo cierto es que la idea del cielo é infierno va haciendo mella en sus duros corazones, y ha despertado en algunos el remordimiento.

Muchos de los jibaros que moran en las faldas de la cordillera y en las márgenes del Marañón han sido bautizados en su infancia por algún sacerdote ó cristiano; empero, como los más no han recibido ninguna instrucción, han quedado salvajes bautizados, sin distinguirse de los no bautizados más que por el nombre; de manera que al nombre de bautismo añaden como apellido el primitivo de jibaro. Entre ellos usan siempre este nombre; cuando hablan con los Padres y cristianos emplean ambos nombres, como por ejemplo: Antonio Chuirá, Agustín Cuiji, Ramón Catipi, José Cirimbo, etc.

Si, como he dicho, tienen de Dios una idea muy vaga y oscura, y creen que no interviene en los sucesos de este mundo; no así del diablo, á quien llaman Iguanchi. A éste temen y obedecen, y por lo mismo están persuadidos que interviene en algunas cosas. No he podido averiguar de un modo cierto, si realmente le dan culto externo y ceremonioso. Lo cierto es que le reconocen como un ser superior y le consultan cuando desean saber algo de importancia. Al ser invitado el jibaro á la guerra, para saber cómo le irá, esto es, si morirá ó no, consulta al Iguanchi. El jibaro es muy supersticioso; siempre que sufre algún daño lo atribuye á otro, y para conocer quién se lo ha causado consulta al Iguanchi. Al efecto prepara su *natema* y se dirige á una colina, donde forma su *soñadero*, esto es, una pequeña choza suficiente para poner el cuerpo al abrigo de la intemperie y de la lluvia; luego coloca delante y junto á la choza tres pequeños palos iguales clavados en el suelo y señalando los ángulos de un triángulo equilátero, una de cuyas bases está al pie de la choza. Hecho esto, toma el natema, narcótico que le priva completamente del uso de los sentidos por tres días, y se tiende de espaldas tocando con sus pies en la base del triángulo. Tan pronto como el natema ha producido su efecto, dicen ellos que tienen sueños muy fantásticos, placenteros ó terribles, y se aparece el Iguanchi en distintas formas, aunque la más ordinaria es la de un gran *huachi*, mono. Si el motivo de la consulta es el éxito que tendrá la guerra, y el diablo le predice que si va á la pelea morirá, el jibaro que consulta jamás acepta la invitación, y finge mil pretextos para excusarse. Pero si le anuncia que matará uno ó más enemigos, acepta y con gran resolución va al combate. No siempre el Iguanchi le predice el éxito que tendrá en el combate de un modo tan explícito, sino con ciertas vaguedades que dejan al iluso en duda; en este caso para determinarse se funda en los sueños que ha tenido en los tres días que ha vivido privado de los sentidos.

Si al consultar al diablo desea saber quién ha matado á un miembro de la familia, ó ha causado daño en las se-

menteras ó animales domésticos, en este caso el Iguanchi siempre determina un individuo que más ó menos tarde es víctima del odio y venganza que ha hecho concebir la revelación del diablo. Como V. R. comprenderá, en éste y semejantes casos se sacrifica á inocentes que no han tenido la menor participación en el hecho que la revelación diabólica les imputa.

Felizmente estas consultas son raras, porque el diablo, y en esto no demuestra mucha astucia, les exige que antes de consultarle estén tres días sin comer ni beber. Este riguroso ayuno no les es muy agradable, y por no sujetarse á él, no hacen las consultas sino cuando el asunto es para el jibaro de mucha trascendencia.

PERÚ

El Santo Cristo de Santa.—Extraordinario fenómeno

DESPUÉS de haber manifestado en mi anterior, escribe el Rdo. P. Esteban Pérez, misionero franciscano, el curso que por los pueblos de la costa ha seguido nuestra Misión, paréceme conveniente decir algo de dos cosas, una histórica y otra física, ambas de no escasa importancia en correspondencias de este género.

Respecto de la primera, y como recuerdo histórico, encontramos en el pueblo de Santa una preciosísima imagen de Cristo crucificado, tamaño natural, de mérito artístico tan acabado, que dificulto haya otra imagen semejante en toda la América, y tan milagrosa que los naturales de este pueblo y de los vecinos cuentan innumerables casos maravillosos del Santo Cristo de Santa, razón por la cual lo tienen en veneración profundísima. Dicese haber sido regalado por el rey Felipe II al antiguo é importante pueblo de Santa, donde los Franciscanos tenían convento, y que en tiempo de los piratas ingleses lo sacaron los indios á la orilla del mar para que los librara de la rapacidad extranjera, en ocasión que los dichos piratas trataban de desembarcar, y disparando éstos algunos arcabuces, hirió una bala al Santo Cristo en la frente, y se produjo tal enardecimiento en los devotos moradores del pueblo y tal confusión en sus enemigos, que por ese solo acontecimiento se decidió la victoria á favor de los primeros. La sagrada Imagen conserva hasta hoy día la extraña herida y le da un realce verdaderamente imponente y patético. El último día de la Misión y á instancia del señor Obispo visitador, sacamos en procesión el Santo Cristo de Santa, y al fin lo adoramos solemnemente como suele hacerse el Viernes Santo, siendo S. Ilma. el primero en practicar tan augusta ceremonia, siguiendo después nosotros los Padres misioneros, luego el señor Cura, las Autoridades y pueblo.

Es el caso, respecto de lo segundo, que al salir de Santa para ir al vecino puerto de Chimbote, encontramos un cerro de una configuración particular, pues sus vertientes forman un angulo agudísimo, cuyo vértice se eleva hacia el cielo y sus lados van á perderse en el Océano Pacífico, cuyas tranquilas aguas forman base de tan colosal figura. La concavidad de todo este cerro está llena de finísima arena, y en ella se forma de cuan-

do en cuando tan estrepitoso estruendo que miles de tambores redoblados á la vez para producir ruido no harían tanto como el que se produce espontáneamente en ciertos casos en la movediza arena de este cerro. Los naturales del país creen, supersticiosamente á mi ver, que en tiempos de vandalismo y cuando fué destruido el antiguo pueblo de Santa, se escondieron bajo la arena algunas alhajas y vasos sagrados, y entre ellos una custodia con la Sagrada Forma, á la cual atribuyen tan espantoso ruido: han hecho muchas excavaciones inútiles, pues todo esfuerzo humano es impotente para quitar de en medio tanta cantidad de arena. Hay la particularidad de que haciendo caer alguna piedra de los lados del cerro, se desliza velocísimamente sobre la arena produciendo grande ruido. El señor Obispo visitador quiso observar el fenómeno, y los Padres misioneros le acompañamos: al efecto nos detuvimos con todo el séquito, que constaría de unos cien jinetes. Para complacer á S. Ilma. no sólo se echaron piedras, sino que hubo muchachos que subieron por las laderas y se descolgaron ellos mismos, removiéndose enorme cantidad de arena en su fácil descenso, y produciendo horribles y espantable ruido.

Yo creía que tal vez era el eco mil y mil veces repetido en las laderas del singular cerro lo que se oía tan siniestramente. Para cerciorarme de ello, subí yo mismo á duras penas por uno de los lados exteriores del cerro; me acompañaban algunos hombres y varios muchachos, uno de los cuales era precisamente el redoblante de la banda de música del pueblo. Le hice subir con el tambor y descolgarse á mi lado por un sitio donde á medio descenso pudiese tocar el tambor y experimentásemos los sonidos producidos. ¡Cuál sería mi asombro cuando al descender, mi pobre humanidad se deslizó brincando como una pelota sobre la arena y sintiendo como horrores infernales bajo mi cuerpo!

Pudieron detenerme los acompañantes, y cesaron las horribles convulsiones y el espantoso ruido. Hice tocar el tambor, y no se oía por nosotros que estábamos en la arena y por los espectadores que desde la orilla del mar presenciaban el experimento, sino como se suele oír ordinariamente el tambor. No era, pues, efecto de la repercusión del eco el extraño fenómeno.

¿Será la electricidad?... Yo lo dudo; ni tenía aparatos con que poder observarlo. Volvimos á descender rápidamente ni más ni menos que como se podría descender en un trineo por un plano inclinado muy pronunciado, y se produjeron los mismos ruidos y las mismas convulsiones.

Creo que debe ser el aire comprimido entre las diversas capas de arena, la cual movida deja en libertad al aire como lo dejarían millones de pequeñas escopetas disparadas en confuso.

Pero ¿cómo se explica, me decían, el que á veces se sientan desde una y más leguas estos ruidos sin que nadie vaya á remover la arena?... Se explica, según mi poco saber, porque á veces el aire atmosférico, sobre todo cuando es fuerte y sopla en dirección al vértice del cerro, hace subir la arena; luego el aire cesa de soplar y la arena cae y se desliza por su propio peso, produciendo semejante ruido. No á todos satisfizo mi explicación, ni aun al señor Obispo, el cual cree que algo

de secreto natural, cuando no de misterio, debe haber en este cerro.

Continuando nuestra excursión misionaria predicamos en Chimbote, bonito puerto de mar; nos embarcamos después para desembarcar luego en Supe, otro puerto más cercano á Lima, y misionamos en los pueblos de Supe, Barranca, Pativilca, y en la Hacienda de Paramonga, que cuenta más habitantes que cualquiera de los mencionados pueblos.

Nuestra labor es inmensa, apenas tenemos tiempo para el necesario descanso; sólo el celo por la gloria de Dios y la salvación de estas pobres almas, que están poco menos que abandonadas, da fuerzas á nuestro cansancio y valor á nuestra flaqueza. El fruto, como en todas partes, abundantísimo.

LA MISIÓN DE DOS GUINEAS Y LA ESCLAVITUD

POR UN PADRE DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO
Y SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA

VI Y ÚLTIMO

La mujer

DESDE que nace, la mujer es objeto de sórdida especulación; pues á los dos días ya se dan á su padre treinta ó cuarenta francos para tenerla más tarde en matrimonio.

Pertenece de derecho al yerno de su padre cuando éste enviuda ó se anula su matrimonio.

A veces, si el padre tiene deudas, las satisface entregando á sus hijas.

Por lo regular las compran jefes diez ó cincuenta veces polígamos, pues únicamente los jefes pueden tener muchas, á causa de la enorme cantidad de mercancías que hay que dar por ellas.

Sucede á veces que el padre, movido por torpe especulación, promete su hija á muchos pretendientes, recibiendo mercancías de todos, y al llegar la niña á la edad de siete á ocho años tiene que seguir al que dió más.

De ahí guerras continuas, aldeas enteras reducidas á escombros y robo de mujeres.

Bajo el techo paternal la madre satisface todos los caprichos de la niña. ¡La separación ha de llegar tan pronto! El cariño materno la cubre con fetiques de cabellos, uñas, cuernos, pelo de cabra, etc., destinados unos á hacerla crecer, y otras á preservarla contra la enfermedad, el veneno y las fieras: algunos son fetiques de belleza, y otros para atraerle gran número de pretendientes.

A los cinco ó seis años se procede á la operación del picado. A unas les marcan en la frente un sol entre dos medias lunas, á otras una guirnalda que partiendo de la frente baja por las mejillas y se reúne debajo de la barba.

También pican el cuello, el pecho sobre todo, y más aún la espalda, presentando á veces una línea de herraduras desde el cuello á la cintura pasando por la espina dorsal, ó desde la garganta al ombligo: con frecuencia estas herraduras forman siete ú ocho círculos

en torno de la cintura. Muchos llevan en todo el cuerpo cruces rojas y negras simétricamente dispuestas, y á veces serpientes, pájaros, caracoles y camaleones dibujados en el pecho, mejillas y hombros.

La operación del picado es un verdadero suplicio:

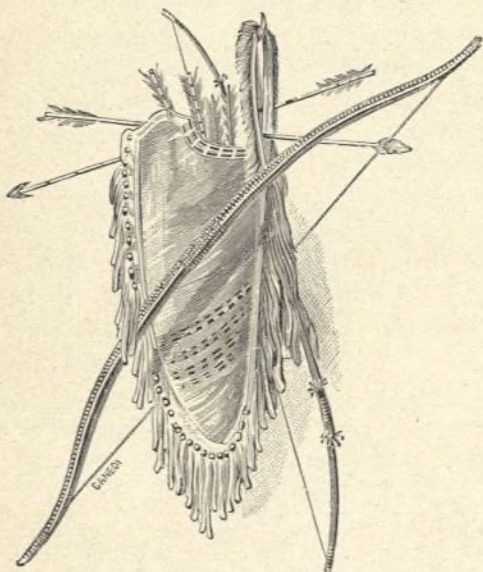


ARMAS Y OTROS OBJETOS DE LOS SALVAJES
DE LA AMÉRICA DEL NORTE

Silla y percha del *scalp* ó cabellera

hacen á la niña multitud de cortes con las tijeras, y luego le lavan las llagas con agua saturada de palo de ébano ó sándalo.

Llega, por último, el momento de separarse de su madre, cuando la niña cuenta siete ú ocho años á lo sumo. Pónense las mercancías á la vista del padre, quien



Arco, carcaj y flecha

las examina, discute su valor, y si le satisface entrega su hija.

¡Oh, cuántas niñas rehusan partir y separarse de su madre!

—¡Soy demasiado pequeña! exclaman: ¡este hombre

me causa miedo y voy á morir! ¡Oh, madre! ¡no me dejes partir; no quiero separarme de ti!

Y la madre rehusa desprenderse de su hija: ruega y suplica que le dejen la niña.

El padre, verdadero verdugo, á quien no conmueven súplicas ni llantos, arranca por la fuerza á la pobrecilla de los brazos de su madre, para entregarla á quien será pronto su tirano.

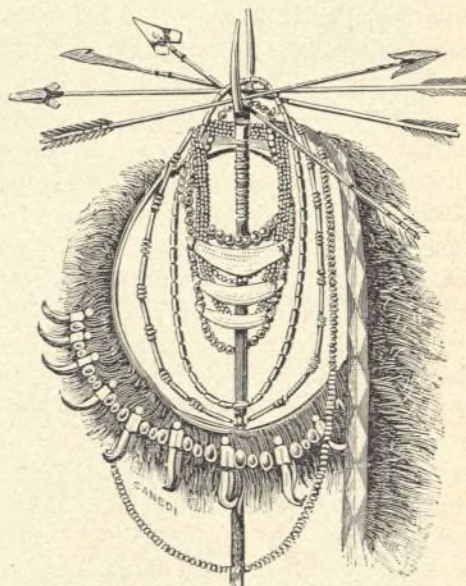
No pocas veces, para evitar tales escenas, se hace la venta por la noche. Duerme la niña con profundísimo sueño: la levantan, la depositan en una piragua, y el día siguiente se despierta en aldea extraña, que nunca ha visto. Abre los ojos, busca á su madre, la llama y nadie responde.

—¿En dónde estoy? pregunta.

—En tu casa, responde el marido.

—¿Y mi madre? ¡Madre! ¡madre! ¡Naná! ¡Naná! grita con todas sus fuerzas.

¡Y su madre no acude! ¡Luego pide á su hermano y hermana, á todos sus conocidos, y nadie, nadie vie-



Flechas y lanza.—Collares de diferentes
formas; collar de guerra

ne! Prorrumpe en llanto, y huye; mas ¡ay! pronto es alcanzada, y la encierran, encadenan y golpean.

Una joven se ahorcó desesperada porque su padre quería obligarla á seguir á su marido á quien detestaba; otra se ahogó por el mismo motivo, y otra por fin, ¡horror causa el decirlo! después de haberse evadido seis veces, y otras tantas haberla restituido su padre, ¡el marido la puso en cruz, atándole pies y manos, y le cortó las orejas, la nariz y los labios!

A menudo estas mujeres son arrebatadas en las guerras entre aldeas. Los fangs armados se ocultan durante la noche en una plantación de bananos, y al apuntar el día, cuando las mujeres acuden al trabajo, matan á los hombres que las acompañan, y arrebatan á las que no han podido escapar.

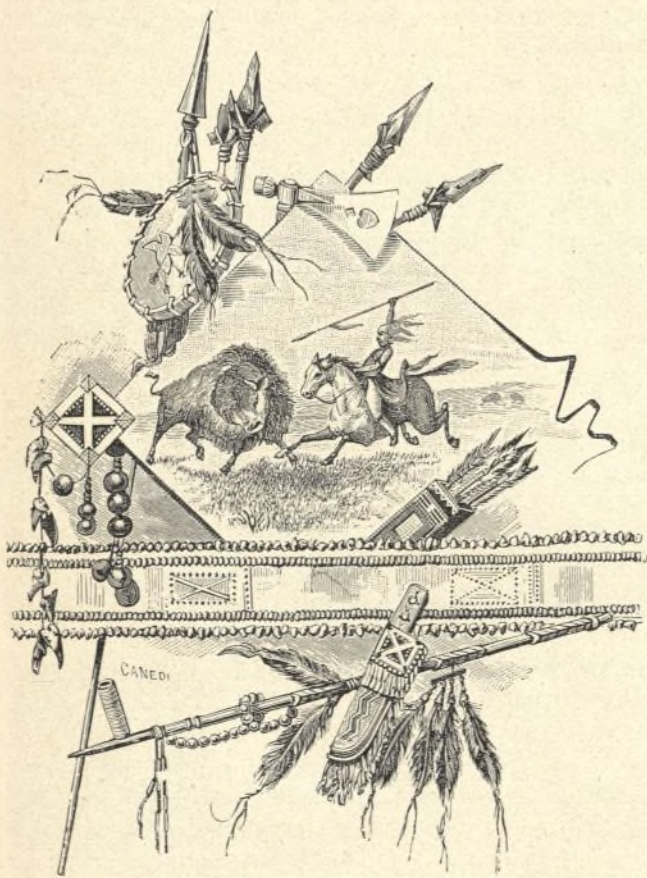
Las mujeres de esta suerte cogidas en las guerras permanecen meses enteros encerradas. A veces procuran huir, y entonces empieza, para las que vuelven á ser cogidas, un verdadero martirio. Quémanles espal-

das, pecho y cara con un hierro enrojecido al fuego, golpéanlas, las cargan de cadenas y las privan de alimento, después de lo cual si otra vez intentan evadirse les quitan la vida.

La más joven de las mujeres, siendo naturalmente la más débil, es también la esclava de todas las demás; y sobre ella pesan las tareas más penosas y de mayor fatiga.

Cuando el marido va á las factorías á vender ébano ó caucho, nunca abandona el fusil, mientras sus mujeres y especialmente la más joven apenas pueden con la carga.

Si se hacen culpables de infidelidad, la primera vez sufren muchos meses de prisión; la segunda, les abren la espalda con un cuchillo, y vierten en la llaga zumo



Caza del búfalo.—Flechas, carcaj, *tomahawk*, cuchillo y vaina.—
Calumet.—Cefidor

de pimienta; luego las abrasan con un hierro enrojecido, les mutilan el cuerpo ó les cortan la nariz y los labios, y por fin las matan.

Todas estas infelices mujeres son esclavas, y su marido las vende cuando ya no le gustan ó desea procurarse mercancías.

Las costumbres confieren al pahuino el derecho de vida y muerte sobre su mujer.

Cierto día Ndhothuma, jefe de un pueblo inmediato á Lambarené, aguardaba á su mujer, silencioso y con el fusil en la mano. Al divisar á aquélla con un enorme cesto lleno de bananas y patatas, empezó á denostarla, amenazándola con la culata. Asustada la mujer, echó á correr, y no bien hubo andado diez pasos cayó exánime, herida por cuatro balas. Los parientes de la mujer pidieron la cabeza de este bárbaro á la justicia de los

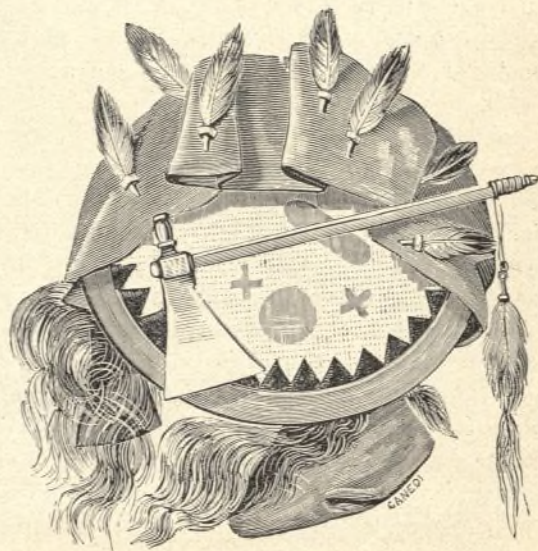


Rompecabezas ó maza de guerra; hacha de guerra ó *tomahawk*

fangs; pero ésta sentenció que Ndhothuma estaba en su derecho, y que la familia de la difunta debía darle otra mujer ó bien devolverle el dote ofrecido por el matrimonio de la primera.

El remedio que conviene emplear es el que nos ha dado ya felices resultados: atraer á las Misiones á esas desdichadas criaturas. Acostumbradas á duros tratamientos, se les hará suave la autoridad del blanco, y por sus relaciones con sus compañeras de infortunio las atraerán á nuestras ciudades.

Cincuenta años ha que los Padres del Espíritu Santo, con éxito completo, tienen declarada guerra á la esclavitud. La hacen en una tercera parte de Africa, en todo el Senegal, desde el cabo Blanco hasta la Costa del Marfil, é indefinidamente en el interior hasta Tombucto. La hacen asimismo en el Bajo Níger, en el Benue, en toda la costa, en Gabón, en el Ogowé, en el Congo, en Ubanghi, el Sanga, el Benguela, el Cunena, la Cimbebasia, el Betsuanaland y en el interior, cerca de los Nyams-Nyams, y por último, en Zanguebar, el país de los somalis y las islas cercanas.



El escudo.—Hacha de guerra

En estos países tienen sesenta y una Misiones, y entre todas éstas, doscientos misioneros sacerdotes y cien Hermanos. Merced á ellos y á sus compañeros de otras Congregaciones, está declarada la guerra á la esclavitud, guerra en la que no se derrama ni una gota de sangre, y en la que los combatientes están seguros de salir victoriosos.

LAS HERMANAS MISIONERAS EN EL CENTRO DE ÁFRICA

I

Llegada á Loango.—Preparativos de viaje

DESDE hace mucho tiempo, escribe el Rdo. P. Re-my, de la Congregación del Espíritu Santo, se sentía la necesidad de tener Religiosas en Brazzavilla para la asistencia de los enfermos y enseñanza de las niñas. Educamos nosotros á los muchachos en nuestras escuelas; pero las negritas forzosamente quedaban abandonadas. Así es que el Ilmo. Augouard dedicó las primicias de su episcopado á estas infelices, á quienes las costumbres del país condenan á condición tristísima, ya que sobre la mujer pesan los trabajos más rudos y cansados.

Para educar cristianamente á las negritas era preciso reunir las como á los muchachos, y las Hermanas de San José de Cluny aceptaron esta tarea tan penosa y meritoria. El 23 de Julio de 1892 desembarcaron en Loango cuatro de estas valientes Religiosas. El ilustrísimo Augouard, no queriendo se aventurasen solas por un país desconocido, me comisionó para que las acompañase á Brazzavilla, lo que no dejó de preocuparme, pues la marcha á través de estas comarcas, regularmente fácil para un misionero solo y sin bagaje, que no tiene otro anhelo que la salvación de las almas, con Religiosas ofrece obstáculos difíciles de vencer. Felizmente la Divina Providencia nunca abandona á sus hijos, y conté con ella para cumplir mi cometido.

Las cuatro Hermanas que debían emprender el largo viaje pertenecían precisamente al número de esas mujeres fuertes de que habla el Evangelio, que no cuentan para nada las fatigas y dificultades mientras puedan cumplir la voluntad de Dios.

La superiora, M. María, no parecía de constitución muy robusta. Sin embargo, diez años de servicio en el hospital de Dakar ofrecían una garantía para el porvenir. Sor Javiera, sor Máxima y sor Cesarina llegaban con todo el fervor del noviciado, y no pedían otra cosa que sacrificarse generosamente por la gloria de Dios. Se alojaron en el establecimiento de las Hermanas de la Misión de Loango, que pertenecen á la misma Congregación de San José de Cluny. El Ilmo. Carrie, vicario apostólico del Congo francés y superior de esta Misión, me dispensó cordial acogida, y se puso á nuestra disposición para organizar la caravana. Arreglaron en paquetes las tiendas y camas de campaña, las conservas alimenticias indispensables para el camino, etcétera.

En Africa los preparativos de viaje se parecen poco á los de Europa, pues el ferrocarril no nos ofrece sus comodidades ni su velocidad. Tampoco se usan vehículos y caballos. ¿Cómo emplearlos, por lo demás, en caminos cuya mayor anchura es de cincuenta á sesenta centímetros, y á través de los cuales corren libremente los ríos sin que los embarace un puente cualquiera, á menos que un árbol, vencido por los años, caiga precisamente en el sitio de tránsito?

En el Congo la cabeza del negro es el único medio de transporte, y por lo mismo es preciso ante todo contratar bagajeros. Cada caravana tiene un capataz, responsable de sus subordinados y de la carga: él los alista y los presenta, y no se le paga hasta llegar al punto de destino.

El día fijado para la marcha no se presentó ni un solo bagajero. Por la tarde llegó el capataz y me dijo que habiendo sabido por el camino que hubo guerra en el trayecto de Brazzavilla, veintiocho de sus hombres se volvieron á sus aldeas. Esto nos puso en situación embarazosa, por la dificultad de hallar otros bagajeros. No tuvimos otro remedio que dejar el bagaje de las Hermanas para una caravana posterior, y partir con los objetos más indispensables.

II

Partida de la caravana.—Aprendizaje de la vida apostólica

El 2 de Agosto por la mañana teníamos un efectivo de cuarenta y siete bagajeros. A medio día se había distribuido á todos su respectiva carga; pero cada cual, como es de suponer, quejábase de que la suya era muy pesada. Cuando se quiere ir aprisa conviene mostrarse generoso; así les di... ¿un par de zapatos para el camino? nada de eso, ¿un par de zarcillos para las orejas! que es lo que más prefieren. A los camilleros, que debían prestar el servicio más penoso, les regalé una tela de valor de ochenta céntimos. Mediante esto, levantaron todos la carga con presteza, y fui el mejor de sus amigos.

Con nosotros venía el P. Le Meilleur, á quien el Ilmo. Carrie enviaba á la estación de Linzolo, poco distante de la de Brazzavilla. El Padre tenía para sus efectos diez bagajeros, lo que hacía subir á cincuenta y siete la cifra de nuestros hombres. Venían también tres niñas, educadas en la Misión del Ilmo. Carrie, para formar el núcleo de la obra de las Hermanas de Brazzavilla. Tal era la caravana que partía de Loango el 2 de Agosto de 1892 después de recibir la bendición de Su Ilustrísima.

Las Religiosas de esta ciudad acompañaron un buen trecho á sus hermanas. Al cabo de una hora fué preciso separarse, y mientras unas volvían á su establecimiento, otras se internaban en el continente negro para fundar su primera casa. Nuestras Hermanas debían desde luego dar comienzo al aprendizaje de la hamaca. (*V. el grabado de la pág. 60*). La primera que se instaló en ella rodó por el suelo; pero como cuando se

emprende la vida de Misión es preciso poner al mal tiempo buena cara, rióse del fracaso, lo mismo que sus compañeras.

Los camilleros, satisfechos por conducir al interior las primeras mujeres blancas, parten alentados, como cocheros á quienes se promete buena propina.

Al llegar á la primera aldea era ya de noche, y no hubo tiempo para armar las tiendas. Todos empezaban con tanto gusto el aprendizaje de la vida apostólica, que se contentaron con las chozas que los indígenas pusieron á nuestra disposición. Encontróse una capaz para las cuatro Hermanas, y los Padres nos alojamos en un cobertizo, en el que no hacía falta el aire. Al acostarse el joven P. Le Meilleur, poco práctico aún en el arte de dormir en lecho de campaña, sorprendióse al ver que su cabeza besaba el santo suelo mientras tocaba con los pies el techo, imagen de la inestabilidad de las cosas humanas. A pesar de la aventura, gozamos todos un descanso bien merecido, y ningún incidente turbó la tranquilidad de la primera noche.

LOS INDIOS EN LAS LLANURAS DE LA AMÉRICA DEL NORTE

POR EL RDO. P. LEGAL. MISIONERO OBLATO DE MARÍA INMACULADA

III

ARMAS DE CAZA Y DE GUERRA

Lo expuesto hasta aquí nos lleva á considerar otra parte del asunto, á saber: la caza, por medio de la cual el salvaje se proporcionaba alimento y vestido y subvenía á todas sus necesidades.

El búfalo, ó más bien el bisonte, constituía de un modo especial la riqueza del salvaje de las praderas. El bisonte era en realidad á sus ojos un ser tan excelente, que le tributaba un culto que se mezclaba en todas sus prácticas supersticiosas, porque en efecto, el bisonte lo era todo para él. Suministrábale alimento sano y sabroso, que podía comer fresco ó preparado de una manera especial, llamada *pemikan*, que permitía conservarlo mucho tiempo y transportarlo con facilidad en los viajes. Además del alimento, el salvaje hallaba en el búfalo con qué subvenir á las otras necesidades de la vida. La piel le proporcionaba el material de su vivienda, y las principales piezas de su vestido y calzado. En los tendones tenía un hilo elástico y fuerte, que aprovechaba para coser los vestidos y la tienda. Con el cuero fabricaba también diversos utensilios, sillas de montar, escudos y tambores. De los cuernos hacía cucharas y copas, y los cascotes entraban en la fabricación de arcos y otras armas.

El bisonte era un noble animal. Hay que decir *era*, pues casi ha desaparecido enteramente. Hanse capturado algunas docenas, que se conservan como los últimos representantes de una especie, que en otro tiempo en masas compactas cubría las llanuras. La talla de este animal es la de un buey de grandes dimensiones. La parte anterior, sumamente desarrollada, lo parece más por la abundante crin ó espeso vellón que, cubriendo cabeza, cuello y lomos, llega á veces hasta el suelo.

La parte posterior del animal parece débil comparada con el extraordinario desarrollo de los miembros anteriores. De la cabeza le salen dos cuernos negros y cortos, pero robustos y amenazadores. Sus ojos son brillantes, y miraban de un modo terrible cuando se le enfurecía por el ataque. El bisonte, en efecto, provocado y herido, cuando advertía que le era imposible la fuga y se decidía á arrojarse sobre el enemigo, presentaba terrible aspecto. El grabado de la pág. 53 lo representa con toda exactitud. La vaca del búfalo parécese al macho por la forma, pero es más pequeña.

El salvaje acostumbraba atacar á este poderoso animal con la flecha y la lanza ó el dardo. (*V. los grabados de las págs. 56 y 57*).

Formaban el centro del arco, de unos tres pies de largo, con una rama curva de un arbusto muy duro, que adelgazaban en los extremos, aumentando su elasticidad con una capa de gelatina que se proporcionaban fundiendo cascotes de búfalo. Esta capa de cola cubríanla á veces con una piel de serpiente de cascabel. La cuerda del arco, hecha con tendones, era muy resistente. Algunos arcos los formaban con una especie de cuerno ó hueso, procedente tal vez de grandes cetáceos, que obtenían, mediante cambio, de los salvajes que habitaban en la vertiente opuesta de las Montañas Berroqueñas.

Las flechas, trabajadas con la misma madera de los arcos, tenían unos dos pies de longitud, y eran ligeras y perfectamente rectas. La punta, que consistió al principio en un fragmento de sílex ó cuarzo, ó bien en un hueso afilado, reemplazáronla más tarde con trocitos de hierro de los aros de los barriles que traían los blancos. A las flechas que destinaban para la guerra les ponían una ó dos hileras de barbas vueltas para atrás, con objeto de dificultar su extracción cuando había penetrado en las carnes. Además, sujetaban la punta de suerte que resistiese el choque, pero que se desprendiese fácilmente del palo al tratar de retirarla, y así quedase en la herida. Las flechas para la caza las construían según otro principio. Las puntas carecían de barbas, y las ataban fuertemente al palo, lo que permitía sacarlas con facilidad de la herida y aprovecharlas otra vez.

En el extremo opuesto ponían tres plumas de águila, cuervo ó buho, sujetas, lo mismo que el hierro, con tendones adelgazados y reblandecidos en agua, que al secarse formaban un atado perfecto, sin nudos y casi imperceptible, pero muy resistente.

Adornaban las flechas con pinturas y plumas ligeras de varios colores. En algunas hacían sinuosas rayas longitudinales, que tenían el doble objeto de servir de adorno y de señal de propiedad, pues cada uno las trazaba á su manera. Así conocían fácilmente quién era el dueño de los diferentes animales muertos en la caza.

Guardaban las flechas en un carcaj hecho comúnmente con piel de león, tigre ó búfalo con el pelo para afuera. Una pieza en forma de triángulo prolongado, pendiente de la abertura, estaba adornada con flecos. Ponían el arco en otra bolsa unida al carcaj, que colgaban en bandolera por medio de una banda de cuero, de suerte que la abertura les llegaba al hombro derecho.

El arco y la flecha, á pesar de su ligereza y aparente

fragilidad, eran armas temibles en manos de los salvajes, que raras veces erraban el blanco. Cuando atacaban al búfalo á distancia conveniente y en posición ventajosa, asegurase que lanzaban la flecha con tanto vigor que entrándole por el dorso le atravesaba el corazón y salía por la parte opuesta, yendo á clavarse más lejos en el suelo.

saben servirse de los aparatos de destrucción que con imprevisión lamentable han puesto en sus manos hombres que se creen civilizados.

Antes de terminar este capítulo hay que hacer mención de las otras armas ofensivas y defensivas que com-



UBANGHI (*Africa Occidental*).—Caravana de las Hermanas partiendo de Loango. (Pág. 58)

Otra arma de que se servían con destreza los salvajes era el dardo ó lanza, construida por el mismo estilo que la flecha, pero con palo más largo y fuerte. La punta, al principio de piedra ó hueso, fué reemplazada más tarde con hojas de acero compradas á los blancos. En defecto de láminas especiales utilizábanse hierros trabajados con mayor ó menor perfección por la industria salvaje. La lanza estaba también adornada con pinturas, plumas de águila y cabelleras.

Encuéntrense todavía algunos restos de este armamento antiguo. Los muchachos se sirven en sus juegos y ejercicios de flechas y arcos que arreglan ellos mismos, y en los cuales demuestran suma destreza. Empero para la caza y la guerra estas armas primitivas han cedido su lugar á otras más perfeccionadas, y á las que es del todo extraña la industria del salvaje. Todos los indios de las praderas están actualmente armados á la moderna, con magníficas carabinas winchester que les permiten, con un sencillo movimiento de palanca, disparar doce ó catorce tiros sin volver á cargar el arma. Con estos fusiles los salvajes son temibles, y han demostrado, en hartas circunstancias por desdicha, que

pletaban en otro tiempo el armamento del salvaje. Las principales ofensivas eran el hacha de guerra ó *toma-hawk* y la maza ó rompecabezas, representadas en la pág. 57. El escudo era el arma defensiva.

Había suma variedad de hachas de guerra, desde la forma común parecida al hacha usual hasta la de forma rara que se ve en la página dicha, y que consiste en una daga ancha y corta fija á una gruesa maza de madera adornada con clavos de cobre.

Los rompecabezas (Pág. 57) estaban compuestos de un mango de palo más ó menos adornado con rocalla y pintado de diferentes colores, y de una piedra, quijada de animal ó hueso atado con tendones.

El escudo (*Véase en la misma página*) era la única arma defensiva del salvaje, quien con frecuencia la omitía, y presentábase al combate casi enteramente desnudo. Lo hacían con la parte más gruesa de la piel de búfalo, que cubre la jiba, á la que daban una capa de cola. Adornaban el escudo pinturas representando escenas de las antiguas tradiciones ó los atributos del genio protector del guerrero. Pegaban en torno una pieza de tela ordinariamente roja, de seis y ocho pulgadas de

anchura, y también mechones de cabello ó plumas de águila. El escudo se llevaba en el brazo izquierdo, como hacían los romanos y griegos, y generalmente todos los pueblos que emplearon este medio de protección en los combates.

Al concluir debemos mencionar el cuchillo ó daga, que formaba también parte necesaria del armamento del guerrero indio. Primitivamente los hicieron con piedras duras ó de sílex, y algunos salvajes lograron fabricarlos de cobre, procurándose el metal en las regiones del Lago Superior, donde se han hallado vestigios de su explotación. Mas desde las primeras relaciones con los europeos reconocieron la ventaja del hierro y del acero, y el salvaje supo convertir en hojas de cuchillo las piezas de hierro que pudo procurarse.

La vaina más común para estos cuchillos, representada en la pág. 57, era de cuero, sujeto con dos clavos de cobre y adornado con flecos. Una abertura triangular, que no se ve en el grabado, permitía pasar el cinturón que retenía la vaina, de suerte que el mango del cuchillo se encontraba al alcance inmediato de la mano derecha.

Con esta daga el salvaje, en la caza ó en la guerra, daba el golpe final. Con un golpe remataba al búfalo gravemente herido por el tiro de fusil ó de ballesta. En la guerra, con una rápida vuelta de su cuchillo desollaba á su enemigo. La cabellera era el objeto principal de la ambición del guerrero, su más preciado trofeo, la señal de su audacia y la prueba innegable

de su valor. Quitando la cabellera á su enemigo, le hacía el más humillante ultraje, que el guerrero temía más que la muerte, pues el indio cree que esta afrenta se perpetúa aún en las misteriosas regiones de las almas.

Estas cabelleras que traían de sus expediciones las fijaban en pequeños círculos de madera por medio de la piel del cráneo, y las ataban luego al extremo de largas perchas, como se representa en la pág. 56. El guerrero agitaba las cabelleras sobre su cabeza, cantando himnos de victoria.

EN EL KILIMA-NDJARO

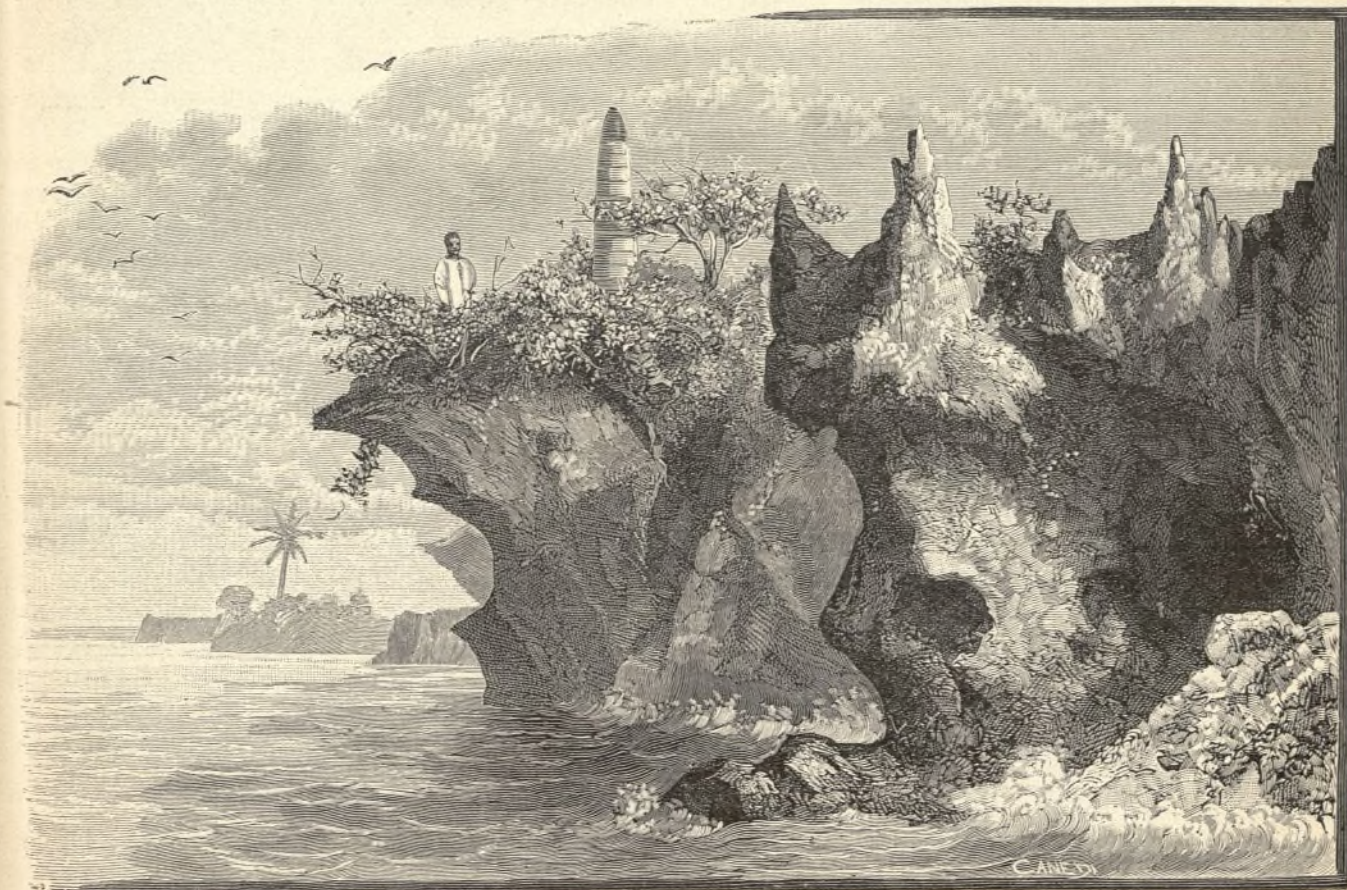
(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY, MISIONERO APOSTÓLICO

II.—En Mombaza

*Llegada á Mombaza.—En contravención á las leyes.—
Nuestro itinerario*

DESDE que Mombaza ha venido á ser como la metrópoli del Zanguebar inglés, residencia del Administrador general de la Imperial Compañía del Este Africano, y punto de partida del proyectado ferrocarril que, enlazando el Oceano Indico con Victoria Nyanza, debe abrir sobre el Alto Egipto una puerta de servicio, esta antigua y humilde ciudad ha adquirido cierta importancia. Frente á la vetusta fortificación portuguesa, recuerdo de otros siglos, nuevos y pequeños edificios, diseminados entre los verdes cocoteros de



ÁFRICA ORIENTAL.—Peñas madreporicas del islote de Mombaza

English Point, anuncian con su estilo que han vuelto los europeos.

Por lo demás, poco tardaremos en saberlo de una manera harto más auténtica y directa. Para no estorbar en la ciudad con nuestros paquetes y bagajeros, y no queriendo ni pudiendo pernoctar en una casa, nos dirigimos directamente á un lugar solitario, fuera de la población, debajo de la copa de corpulentos mangas que nos cobijaban con sus ramas. Allí acampamos.

Mas apenas las llamas han comenzado á lamer las marmitas, cuando entre las sombras nocturnas vemos acercarse un soldado sudanés, miembro de la policía del *Imperial British East Africa Company (I. B. E. A. Co.)*, quien nos entrega una carta del señor Administrador general. ¿Nos habrá tomado tal vez por una partida de malhechores, y querrá conducirnos á buen recaudo?

Siéntome en el suelo, y leo el escrito á la luz de la llama. Todo se reduce á comunicarnos que nuestra caravana tiene fusiles de guerra perfeccionados, revólvers, etc., y que si por desdicha introducíamos estos inventos peligrosos en el interior de Africa, sin ponerles de antemano un sello especial, del cual tiene el secreto y provecho la Compañía, no podríamos librarnos de una fuerte multa, capaz de amedrentar á exploradores más ricos que nosotros.

El día siguiente me avisté con el Secretario general de la *British Co.*, autor del caritativo aviso, y le aseguré bajo palabra de honor que no era nuestro propósito introducir subrepticamente contrabando de guerra, ni cazar esclavos, ni sustraernos á ninguna de las leyes justas de la civilización. Como fin de fiesta, pegóse á los fusiles el sello sacramental que en adelante los hará inofensivos, según consta por el documento que nos entregaron. Mientras se llevaba á cabo la operación no pude menos de observar que teníamos el honor de llevar el número *uno* y de inaugurar tamaña gabela, cuando antes que nosotros no pocos fusiles penetraron en el interior de Africa, y tal vez con proyectos menos pacíficos que los nuestros.

El mismo día el Ilmo. Courmont visitó á sir Francisco de Winton, quien le recibió con mucha cordialidad y nos invitó á comer. Durante el banquete, al paso que él se convenció de que no nos movía ninguna intención perversa, nosotros pudimos convencernos de que muchos hombres son menos terribles en la mesa que en su despacho.

A la mañana siguiente, domingo, S. Ilma. celebró la Misa en una casa recién construída que se nos pidió bendijésemos. Los Sres. A. y D. Pereira, originarios de Goa, la pusieron á nuestra disposición, y unas treinta personas, toda la colonia católica, asistieron al Santo Sacrificio.

Faltaba reemplazar á muchos bagajeros que nos abandonaron en Zanzíbar. Contábamos con los doscientos esclavos capturados en los últimos dos años por los buques ingleses, y libertados y establecidos en Mombaza; pero sólo quedaban sus chozas y mujeres, todas en

pésimo estado. La Compañía los había alistado para grandes expediciones al interior, y únicamente podía escogerse entre innumerable turba de esclavos ladrones, mentirosos, borrachos, desertores, vagabundos y holgazanes, cuya profesión no es otra que la de ponerse á disposición de los viajeros á su llegada, pedirles á título de anticipo algún dinero, y tomar después las de Villadiego. Agentes europeos nos presentaron los mejores que pudieron encontrar en los arrabales. Hiceles poner en fila, y dirigiéndome al que por su aspecto me pareció menos malo, le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Harun-al-Raschid.

—¡Magnífico! sin embargo, juraría que has bebido más de lo conveniente.

—¡Imposible, señor! ¡Hace una hora escasa que he salido de la cárcel!

Conviene consignar aquí que para un musulmán, culpable solamente de haber robado un reloj á un europeo, héchole desaparecer un monedero, etc., la prisión no es infamante ni mucho menos.

No tuvimos más remedio que escoger entre aquella canalla, y entregar á cada uno un anticipo, lo que no puede evitarse en manera alguna. Fijóse para la marcha las dos de la tarde del 14 de Julio; mas al llegar la hora cinco portadores habían desaparecido.

Con todo, fué preciso partir lo más pronto posible, pues si bien por la soberbia copa de los mangas que nos cobijaban con su sombra puede decirse que nuestro campamento era magnífico, el hedor que despedían las inmundicias que infestaban el suelo nada tenía de poético.

Apresuramos, pues, la marcha de la caravana. Orientados hacia el Sur, seguimos sin entusiasmo los angostos senderos de la isleta mombaciana que atraviesan mezquinos surcos de patatas (1), campos de guisantes (2) y plantaciones de yuca (3). Ninguna sombra recreaba al viajero: sólo á trechos, entre la maleza, el jazmín silvestre (4) cubría con sus flores blancas la liana de caucho (5), ó sobresalía el flotante penacho del cocotero ó la majestuosa copa de los mangas.

En el vado de Likoni encontramos dispuestas las embarcaciones, y en menos de una hora estábamos todos en el continente.

Ante todo debimos concertarnos acerca el camino que debía seguirse. Nuestro objeto es el Kilima-Ndjaró. Desde Mombaza la ruta más breve y que se toma más comúnmente es la de Taita. Ofrecía, empero, la dificultad de que en aquella estación apenas se encuentra agua, y por otra parte el país es conocido, y excepto en un punto, carece de interés para la acción apostólica. Al Sur teníamos el Digo, inexplorado aún. Costeándolo

(1) *Ipomœa batatas*, L.

(2) *Phaseolus vulgaris*, L.; *Ph.-Mungo*, L.; *Vigna Sinensis*, Endl.

(3) *Manihot Aipi*, Pohl.

(4) *Jasminum trifoliatum*, Pers.

(5) *Landolphia florida*, L.; *L.-Kirkii*; *L.-Petersiana*.

podemos llegar á Vanga, y desde allí dirigirnos á Sambara, Pare, el lago Dyipe y Toveta. Esta ruta requiere doble tiempo que la otra, pero siguiéndola tendremos agua y víveres para la caravana, y podremos examinar aquellos países, en los cuales más pronto ó más tarde deberemos instalar Misiones.

VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

IX

Elim

Al salir de A'in Hauarah hay que andar dos horas al Sur por un suelo menos árido, y aun se encuentra un terreno bajo que los árabes cultivan en primavera: luego se entra en el valle Gharandel, más profundo y verde que los anteriores. Al principio sólo se ven bosquecillos de tamarindos dispersos en un lecho arenoso, de unos seiscientos metros de ancho, encajonados entre dos colinas yesizas de dieciocho á veinticinco metros de altura; pero á medida que se desciende al valle por la parte del mar multiplicanse los árboles, formando en breve un bosque, y algo más lejos el sitio es verdaderamente delicioso: un riachuelo corre entre la hierba ó se oculta bajo la maleza; á trechos se mecen al aire las palmeras, y confiados pajarillos animan la soledad, ofreciendo el conjunto un encantador oasis.

Los hijos de Israel necesariamente tuvieron que atravesar el uadi, y en él acamparon después de las tristezas y privaciones sufridas en la árida llanura. La antigua tradición y los modernos viajeros fijan en él el campamento de Elim.

Santa Silvia (1) toma A'yun Muça por Mara. «Desde allí, dice, atravesamos por la izquierda (derecha) un desierto inmenso durante tres días antes de llegar á Arandara. Arandara es el lugar que se llamaba Elim. Corre por allí un torrente á veces seco, pero nunca faltan fuentes en su cauce y orillas. El terreno es abundante en hierbas, y crecen también muchas palmeras. Desde el paso del mar Rojo, ó sea desde Sur, no se encuentra un lugar tan agradable, ni fuentes tan buenas y abundantes.»

Dos siglos más tarde (600), Antonino Mártir vió también un castillo pequeño (*castellum modicum*) denominado Surandala, y en su recinto una iglesia y un hospicio para los viajeros.

Hoy estos lugares están enteramente desiertos: desapareció el castillo, y con dificultad pueden reconocerse algunos dudosos vestigios de construcción á corta distancia de las fuentes: de éstas sólo hay doce, pero á dos metros de profundidad se encuentra agua en cualquier parte del lecho del torrente.

Nuestros camelleros llenan los odres en uno de esos

huecos, distante media hora de las fuentes: el agua es turbia y ligeramente salobre; pero dicen, y con razón, que la de las fuentes aunque más cristalina no es mejor.

Los hijos de Israel, contentos por tener agua en abundancia y hierba para los rebaños, se detuvieron aquí unos quince días.

X

El mar

«Habiendo partido de Elim, fueron á plantar sus tiendas á orillas del mar Rojo (1).» Esto es todo lo que nos dicen las Sagradas Escrituras del campamento del mar, y aun el libro del Exodo pasa en silencio esta estación, como muchas otras en que no ocurrió nada notable. No obstante, el viajero que procura darse cuenta de la ruta de los hebreos, fácilmente llega á reconocer la situación del campamento.

Al salir de Elim, continuando los israelitas su viaje hacia el Sudeste, en la dirección del Sinaí, no pudieron seguir la orilla del mar á donde les conducía naturalmente el valle de Elim, por cerrarles el camino una gran montaña, Djebel-Hamman Firun, que se ve mucho antes de llegar al uadi Gharandel. Tuvieron que dirigirse hacia el desfiladero poco elevado que hay al Oriente de la montaña, y al bajar de él se encontraron frente un hermoso uadi, rico en fuentes, que desemboca en una vasta playa, á una jornada escasa de Elim, en la que evidentemente pasaron la noche.

El camino sale del uadi Gharandel por un paso muy pintoresco y sube á una árida meseta. Al cabo de una hora se halla, en el centro de una depresión circular, un montón de piedrecitas, de unos tres metros de altura. Los beduinos le dan el nombre de Hosan Abu-Zenne (el caballo de Abu-Zenne). Cada uno le arroja una piedra con desdén, y Audi nos cuenta su historia.

—Cierto Abu-Zenne, dice, cabalgando en un jumento que ya no podía más con la carga, dióle tan terrible golpe con la espuela que el pobre animal, haciendo un salto prodigioso, quedó muerto. El cruel jinete marcó con dos piedras la longitud del salto. Desde entonces ningún beduino pasa por aquí sin arrojar una piedra en prueba de indignación.

El camino es cada vez menos monótono. Cinco ó seis palmeras, dos ó tres pocitos de agua salobre, algunas cumbres del grupo de las altas montañas sinaíticas que aparecen en el horizonte, el Djebel-Hamman Firun, que es cada vez más bello y majestuoso, nos hacen entrever el fin del desierto.

Djebel-Hamman Firun (la montaña de los baños de Faraón) es un soberbio peñasco aislado en las arenas, á orillas del mar. Su masa oscura, de calcáreo cristalino, se levanta como tronco de pirámide cosa de quinientos metros, y brilla á trechos, á los rayos del sol, como las peñas de los Alpes humedecidas por las cascadas. Al Norte está perforada su base por gran número de grutas, de las que salen abundantes fuentes de agua termal sulfurosa que llenan el aire de vapores blanquecinos: los beduinos las utilizan contra el reu-

(1) Esta parte de la relación de la Santa falta en el manuscrito de Arezzo; la tomamos del libro *De Locis Sanctis*, en el que un compilador del siglo XII, Pedro Diacono, lo transcribió fielmente según se cree. El Sr. Gamurrini publicó dicho libro á continuación del *Pèlerinage de Sainte Sylva*. Roma, 1887.

(1) Num. xxxiii, 40.

matismo, que padecen muchos de ellos. No pudiendo soportar la elevada temperatura de las fuentes, 60° centígrados, báñanse á orillas del mar, en el punto donde desembocan, ofreciendo antes, para no ser devorados por los tiburones, regalos al espíritu de Faraón, que quedó convertido en demonio de las fuentes cuando se ahogó al pretender atravesar el mar al pie de la montaña.

Los vientos han acumulado detrás de ésta enormes montículos de arena. El camino pasa al pie, por un estrecho, y baja por el lado opuesto entre dos muros yesizos de treinta á cuarenta metros de altura, que parecen hechos por mano de hombre para un anchuroso ferrocarril: los cortes verticales del peñasco son regulares, y las curvas de la vía, espaciosas y bien proporcionadas; notándose en cierta extensión anchas aceras como en las estaciones: únicamente faltan los rieles. El sol africano, reflejando en el suelo y en los muros de yeso, les da un brillo que no pueden sufrir nuestros ojos, y el calor, acumulado por tantas reverberaciones en el fondo de estas gargantas donde no circula el aire, es inso-

mitad las capas forman una hermosa cinta anaranjada con listas rojas; debajo aparecen rayas blancas y amarillas, y arriba fajas oscuras, blancas, amarillas y negras. Tan vivos son los colores y tan mágico el efecto que produce, que la exacta pintura de la montaña sería juzgada una creación de la fantasía.

¡Qué hermoso es este valle, y cuán bien le cuadra el nombre de uadi Taiybeh, el valle agradable!

Camínase todavía algunos instantes por entre dos paredes de rocas de unos sesenta metros de altura, y el valle, torciendo bruscamente hacia el Mediodía, se abre en la playa frente del mar.

El sol, á punto de desaparecer detrás de las sombrías montañas de la costa egipcia, doraba la superficie vaporosa de las aguas y hacía resaltar la silueta de las montañas de la costa sinaitica.

Allí sin duda fué donde acamparon los israelitas después de una prolongada marcha de treinta kilómetros, á la que se prepararon con el descanso de Elim. La playa, vasta y provista de hierbas, prolóngase en punta y forma la mejor abra de la costa, que todo hace pre-



MÉJICO.—Presa de la Olla: paseo público de Guanajuato. (Pág. 51)

portable. Los camelleros aceleran la marcha, y nos confiesan que evitan este paso en estío.

A una revuelta del desfiladero las paredes son más bajas, ensánchase el fondo, y vense un poco de hierba y las copas de algunas palmeras.

Más lejos, en el límite del uadi, hay una montaña de gres de Nubia en capas horizontales, con los colores más singulares y sin indicio alguno de vegetación: en su

sumir servía de puerto á los antiguos egipcios para sus comunicaciones con las minas del interior de la península, pues las rutas naturales de las mismas al mar convergen en este punto. A lo lejos, en un montecillo, los beduinos veneran el sepulcro de un santón: del nombre de este personaje el promontorio se llama Ras Abu-Zenimeh.

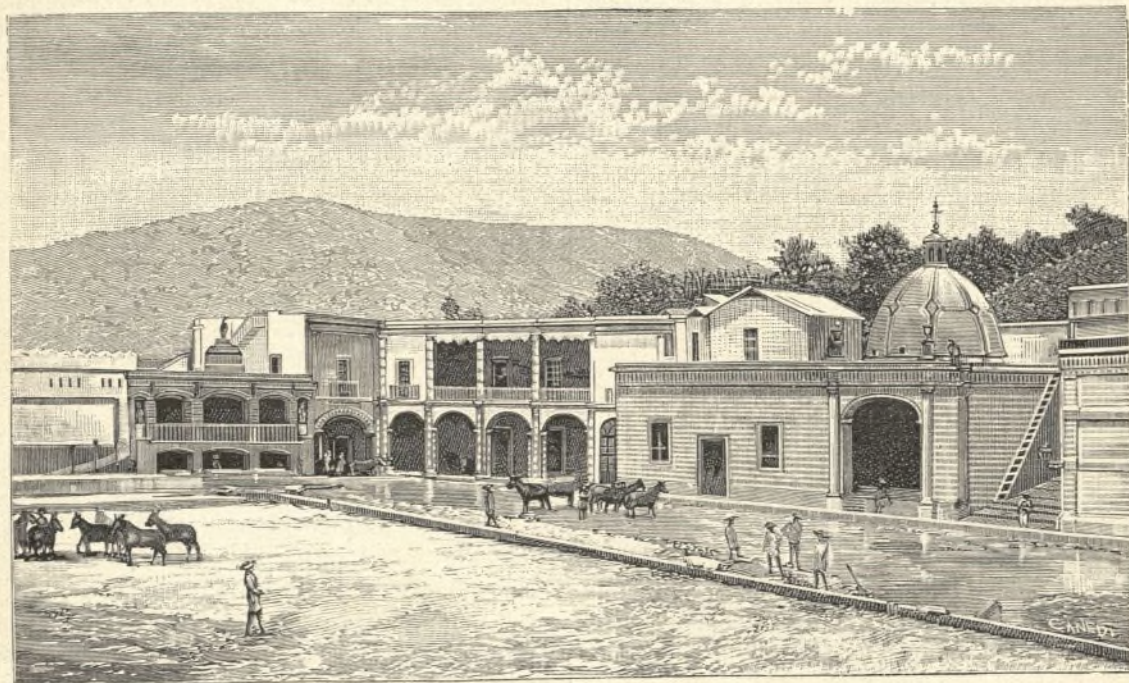
UN VIAJE A FILIPINAS

De varias cartas del H. José Geremías, S. J., dirigidas á su familia, extractamos los siguientes curiosos detalles de su viaje á Manila y de varias particularidades de Filipinas.

A ÚLTIMOS de Julio me embarqué en Barcelona con grandísimo consuelo, pues si bien tenía que dejar patria y familia, anhelaba llegar pronto al punto á que la santa obediencia me había destinado. Desde Barcelona á Puerto Said la navegación fué felicísima:

porque sólo debíamos aguardar el práctico para pasar el mar Rojo. A los pocos momentos de entrar en él nos indicaron el lugar por donde se cree lo pasaron los israelitas. En este mar empezamos á ver algunos delfines y tiburones, muy bien cebados al parecer, pues pocos días antes un buque tuvo que arrojar al agua algunos marineros que perecieron asfixiados. De esta triste aventura nos libró el Señor, aunque no dejó de molestarnos el sol con sus abrasadores rayos.

Con ansia anhelábamos todos salir del mar Rojo, y lo logramos el día de la Asunción. Por la mañana, en efecto, vimos algunos islotes, y por la tarde llegamos



MÉJICO.— Hacienda de beneficio, de San Francisco Javier, en Guanajuato, (Pág. 51)

nadie se mareó, y pudimos gozar tranquilos de las puras brisas del mar. En Puerto Said, que es una ciudad nueva, nos llamaron la atención aquellos africanos, tostados por el sol, con sus trajes largos: las mujeres se presentan siempre en público con el rostro cubierto.

El 8 de Agosto salimos de Puerto Said y emprendimos la marcha por el canal de Suez: en ambas orillas se extienden vastos arenales sin árboles ni hierba de ninguna clase. El día siguiente cambiósse la decoración, pues súbitamente ofrecióse á nuestra vista el anchuroso lago Tempiac, rodeado de hermosa vegetación, y ofreciendo bellissimo panorama. Pasamos frente la ciudad de Ismailía, donde hay un palacio del virrey de Egipto.

El día 9, estando parado nuestro buque, rompióse la amarra que lo sujetaba, y la fuerza de la corriente lo hizo varar en la arena. Los apuros fueron grandes. Tiráronse gruesos y nuevos cables, y todos se rompieron como si fueran delgados hilos. Por fin el capitán mandó traer cables de alambre, y en breve, con júbilo de todos, cedió el buque, y á las dos horas estábamos fuera de peligro, gracias al Señor y á su Santísima Madre.

Pasado este contratiempo salimos animosos para la bahía de Suez, donde nos detuvimos muy pocas horas,

felizmente al puerto de Aden, en la costa de Arabia, que creo es el país más pobre, árido y seco que se conoce, pues no llueve en él sino cada cinco ó seis años: así es que los naturales carecen de agua dulce y se ven precisados á suplirla con la del mar, previamente destilada. Los habitantes, casi negros, andan poco menos que desnudos: en general son paganos; hay algunos mahometanos y también católicos, éstos bajo la dirección de Padres Capuchinos: las Religiosas del Buen Pastor regentan una casa de enseñanza.

Desde la mañana del 16, en que salimos de Aden, empezamos á gozar de la suave temperatura del mar de las Indias; pero en cambio las olas se enfurecieron por momentos, y en la noche del 18 ya fué preciso sujetar platos y vasos: las olas saltaban dentro del buque, mojándonos de pies á cabeza: casi todos nos mareamos, y no podíamos probar bocado. Transcurridos dos días y medio, se calmó el mar, aunque no cesó el movimiento de babor á estribor, al cual nos fuimos acostumbrando.

Renació la animación y contento al divisar las costas de Ceilán y Punta de Gales, en donde debíamos hacer escala. Desembarcamos el 24, y un indio cristiano nos acompañó á visitar los edificios públicos: entre otros vimos una pagoda en que se da culto á un toro de bron-

ce. La iglesia católica está edificada en una hermosa altura, poblada, como todo el país, de cocoteros y bananos, ó sea plátanos que producen un fruto muy sabroso y que á veces les sirve de pan á los pobres misioneros. Al vernos los fervorosos católicos, nos siguieron hasta el templo, donde entonamos el *Ave, maris Stella*. Para la construcción de esta iglesia, capaz y casi toda de piedra, el Gobierno inglés, que á pesar de ser protestante favorece á los misioneros católicos, dió veinticinco mil duros.

El día siguiente, 25, emprendimos de nuevo nuestra marcha, y durante ella vimos mucha variedad de peces, y algunos de ellos volando entraron en el buque. A poca distancia dos ballenas lanzaban un chorro de agua que llegaba hasta la altura de tres metros. El día 30 hicimos escala en Singapore, ciudad populosa y de mucho comercio, pero de escasa religiosidad. Un misionero francés nos mostró la preciosa Catedral, una hermosa iglesia china, el admirable Jardín Botánico, etc., y á las diez de la noche continuamos nuestro rumbo hasta Manila, donde nos recibieron con los brazos abiertos los Padres y Hermanos de la Compañía que nos aguardaban con ansia, y celebróse una Misa y se cantó el *Te Deum* en acción de gracias por el feliz viaje.

Creo no estará de más referiros en la presente algo de lo que acontece á menudo en estos países, como temblores, baguños, lluvias torrenciales, etc. Uno de los temblores me sorprendió en la capilla sentado, y no dejó de asustarme el ver que las paredes y todo el pavimento se balanceaban como un buque en alta mar. Y ¿qué diré del baguño ó huracán, uno de los fenómenos más temibles en estas regiones? Su fuerza es imponente y aterradora. Uno de ellos principió á las ocho de la mañana, y fué creciendo con tanta rapidez que á las dos horas veíamos volar por el aire planchas de hierro con las vigas en que estaban clavadas. Baste decir que en nuestro Colegio, de sólida construcción, se nos llevó casi todo el tejado, y uno de sus caballetes cayó con tanta fuerza sobre un convento, distante ciento veinte metros, que hundió los techos y no paró hasta el primer piso. Durante las seis horas que duró el huracán todos los del Colegio, que pasamos de doscientos, nos reunimos en la parte más segura, que eran los bajos.

Las tempestades, aquí muy frecuentes, van acompañadas de tantos truenos y chispas eléctricas que imponen al hombre más animoso. Cierta día en menos de quince minutos cayeron unos cuarenta rayos. En invierno llueve de un modo extraordinario, pero la estación no es tan cruda como en Cataluña.

¿Qué os diré ahora del culto que se tributa al Señor en estos países? Nunca vi tanto fervor en Europa. En varias procesiones con motivo de las fiestas del Rosario, de San Francisco y Santa Teresa he sido testigo de la generosidad y entusiasmo con que los naturales honran á sus Santos. Procesión he visto en que iban ocho músicas, compuesta cada una de cuarenta y cinco individuos, que pueden competir con las mejores de Europa. Son innumerables los hombres y mujeres que

bien uniformados asisten con vela. ¡Ah! si los españoles diesen buen ejemplo, ¡cuánto mejores serían estos pobres indios! Para que os forméis una idea de las riquezas que despliegan en el adorno de sus Imágenes, basta deciros que el valor del vestido de la Virgen del Rosario asciende á sesenta mil pesos. Los demás Santos tienen también ricos vestidos bordados de oro, y los llevan en andas de plata.

La principal de las islas de este archipiélago, muchas de ellas de diferentes usos y costumbres, es Luzón, en donde hay la capital, Manila. Está dividida en varias provincias, gobernadas algunas por naturales del país, con el título de Cabeza de Barangay. Estos cuando visiten de uniforme parecen disfraces de Carnaval, porque llevan pantalón negro y la camisa encima, chaqueta corta y de manga estrecha, y sombrero en forma de sombrilla, que les defiende de los rayos del sol, y también de los grandes chubascos, que llaman collas, muy persistentes en estos países.

Otra de las grandes calamidades en ellos es la langosta, que lo arrasa todo á su paso. Estaba yo en Manila cuando se presentó este azote, y quedé asombrado; nunca había visto tanto animalejo: estuvo pasando por sobre la ciudad durante más de media hora, ocultándonos completamente el sol: ¡parece imposible! sólo el que lo ha visto puede creerlo. Aquel día lo fué de tristeza para los que tenían sementeras, pues en tales casos todo lo pierden. Por el contrario, los naturales que nada poseen saltan de júbilo, pues con ligereza y por medio de un trozo de red atado á una caña cogen gran cantidad de langostas y se regalan con ellas, que según dicen son muy sabrosas. Esto me recuerda lo que se escribe de San Juan, que se alimentaba con langostas y miel silvestre; de ésta hay también en abundancia en los bosques de Mindanao.

Rogad al Señor para que, ablandándose el corazón de los infieles de estas islas, abran los ojos á la luz de la fe, y se aumente la grey del Señor, que vino al mundo para salvarnos á todos.

CONVERSIÓN MILAGROSA DE UN GENTIL EN MADURÉ

El Rdo. P. Dupuy, de la Compañía de Jesús, escribe el siguiente relato de una aparición, hace algunos años, de la Santísima Virgen á un pagano en la cárcel de Maduré.

EN 1874 encontrábame en Trichinópoli, Presidencia de Madrás, y uno de mis oficios era visitar á los presos católicos de la cárcel central: acompañábame un Religioso indígena llamado Tomé, excelente catequista.

Los presos católicos se reunían en el lugar que nos servía de capilla, que era una sala larga, suficientemente alta, con pavimento de basalto, pero sin ajuar: uno de los guardias nos traía dos banquillos para Tomé y para mí. En uno de ellos extendía una toalla, y encima colocaba un crucifijo, dos candeleros y las Hostias consagradas.

Después de una breve adoración y unas cortas peticiones, me sentaba en el otro banquillo é instruía á los que, sabiendo el inglés, se apiñaban en torno mío, al paso que Tomé hablaba á los otros en tamul. Acabado el catecismo, aquellos infelices, que son á menudo mejores de lo que podría suponerse en tal lugar, se confesaban y recibían la Santa Comunión, formando un espectáculo de sublime sencillez y dando evidentes muestras de fervor.

A consecuencia de órdenes emanadas de Madrás, ningún preso podía tomar parte en otros cultos que los de su propia religión, ni podía abrazar otras creencias hasta el día de su excarcelación.

Un domingo, al entrar en nuestra capilla, vi de pie cerca de la puerta á un preso de buen aspecto, pero que por tener pintada en la frente una especie de tridente, emblema de los adoradores de Krishna, era á todas luces pagano. Hizome respetuosa reverencia, y fijó en mí sus ojos sin proferir una palabra. Entonces dije á Tomé que se enterase de lo que quería, y el pobre gentil manifestó vivísimos deseos de hacerse cristiano y de ser admitido al catecismo.

Temí al principio le moviese algún motivo de interés, y le recordé los Reglamentos de la cárcel y el castigo á que se exponía violándolos, pero él insistió. Entonces encomendé á Tomé que le examinara cuidadosamente. Hallóle suficientemente instruido en las cosas de nuestra Santa Religión. Sabía de memoria la mayor parte de las oraciones, y no tenía más que un deseo: ser cristiano; recibir, como se expresaba, el agua que lava el alma. Muy satisfecho con estas disposiciones, animé al nuevo catecúmeno, le aconsejé dejara toda práctica de paganismo, y le dije especialmente que borrara las señas que tenía impresas en la frente.

Desde la segunda visita, Muzusomy, pues así se llamaba el gentil, se había granjeado la estima y admiración de Tomé, quien me dijo:

—Padre, hay en este hombre una bondad muy singular, algo de santo; de veras no desea otra cosa que ser cristiano.

Yo quería satisfacer aquel deseo; pero bautizarle era infringir los Reglamentos, y quizás en castigo no hubiéramos podido volver más á la cárcel.

Quise sondear al superintendente; pero éste al oír que un preso no católico había asistido á nuestros ejercicios, se enojó y quería penar inmediatamente al culpable. Mucho me costó calmarle.

—Siendo yo quien ha referido el hecho, un castigo haría detestar mi ministerio, y V. no querrá disminuir mi influencia, de la que varias veces ha tenido V. que felicitarse.

En fin, cedió sobre este punto, y me aconsejó que no creyese fácilmente en estas gentes; pero mientras reconocía la buena conducta excepcional de Muzusomy, me dijo que en adelante aplicaría el Reglamento con más rigor que hasta entonces.

Transcurrieron las semanas sin que mi pobre amigo pudiese volver al Catecismo. Yo no le veía ya, pero tenía noticias suyas por medio de los otros presos, á quienes él hacía incesantes preguntas acerca de nuestra fe, pidiéndoles le repitiesen mis instrucciones: leía con avidez los libros católicos.

Su salud, algo delicada, empezaba ya á declinar rápidamente. Enviábame por medio de sus compañeros patéticas súplicas para que fuese á verle y á darle el «agua que lava el alma;» pero ¿qué podía hacer yo? Rogué á sus amigos que le bautizaran ellos mismos, pero él quería recibir el Santo Sacramento de la mano del *Suamy*, y á medida que menguaban sus fuerzas, crecían sus instancias.

A riesgo de recibir otra repulsa, volví al superintendente de la cárcel, á quien le constaba que se acercaba la muerte del pagano, y le expuse que el impedir á aquel infeliz hacerse cristiano, era atentar directamente contra la libertad de conciencia, principio capital de la Constitución británica. ¿No era acaso deber del Gobierno otorgar protección á los presidiarios, sobre todo al tratarse del bien de sus almas y de sus intereses eternos? Había pruebas extraordinarias de la sinceridad de Muzusomy, y no podía ponerla en duda sin injusticia. El preso se estaba muriendo, y oponerse á sus ruegos sería tiranía... La crueldad y la opresión eran en este caso aun más evidentes, pues violentaban la conciencia de un hombre en el pleno uso de su razón y á punto de comparecer ante el Supremo Juez.

El superintendente me escuchó silencioso y atento, y me contestó con mucha calma:

—¿Quisiera V. darme sus razones por escrito, así como acaba de exponerlas?

—Con mucho gusto, le respondí; y la misma tarde tenía en sus manos mi escrito.

El día siguiente, á las nueve de la noche, llaman á mi puerta: era el ordenanza del superintendente, que me traía un telegrama del gobernador de Madrás concebido en estos términos: «A instancias del capellán católico romano de Trichinópolis, relativamente á una excepción en el Reglamento de las cárceles, se conceden cualesquiera permisos en favor del preso Muzusomy.» Con este telegrama venía un billete del superintendente que decía así: «Expedí inmediatamente sus observaciones de V. á Madrás, y me alegro del buen resultado obtenido. Cuando se presente V. á la cárcel, se le abrirán todas las puertas. Permítame, sin embargo, le aconseje venga lo más pronto posible, pues el preso está de veras muy malo.»

Acudí en el acto á donde me llamaba el deber, y encontré en efecto sumamente postrado á mi antiguo discípulo, quien me relató las peripecias de su vida, y cómo había sido preso y condenado siendo inocente. Consoléle como pude, y después de una larga pausa prosiguió:

—Mi primera morada en la cárcel fué muy triste, y mi dolor iba creciendo y me hacía desear la muerte. En vano mis compañeros se me mostraban cariñosos, en vano me quitaban los grillos; yo desfallecía rápidamente. Una noche, cuando todos mis compañeros dormían, sucedió una cosa prodigiosa. ¡Padre, no puedo decir-la!... A nadie la he manifestado hasta ahora... no hay en nuestra lengua palabras para expresarla.

Al cabo de breves instantes, exclamó:

—¡Madre divina, ayúdame!... Sobre aquella pared vi de repente una luz muy diferente de la del sol, de la luna, de las estrellas y del fuego. Las luces que había visto hasta entonces no eran sino tinieblas en compara-

ción de aquélla, y sin embargo los ojos nada sufrían al mirarla. Lleno de un gozo, cual nunca había conocido, me levanté y fui á tocar aquella visión, pero mi mano únicamente halló la piedra, y volví á mi camilla. La aparición había tomado una forma oval; indudablemente no era ninguna luz de esta tierra, y yo la admiraba con una especie de avidez que llenaba todo mi ser. Aquello era un éxtasis, un júbilo muy superior á cuanto pude nunca imaginar. No tengo palabras para expresarme, y sin embargo, esto es nada relativamente á lo que voy á decir.

La respiración del moribundo se hizo entonces muy fatigosa. Aquellos recuerdos despertaban en él emociones demasiado fuertes para un cuerpo postrado como el suyo: temí que iba á exhalar el postrer suspiro, y le

—¿Era acaso morena como los indios, ó blanca como los europeos?

—Padre, ni morena ni blanca era, sino luz, mil veces más esplendorosa que su vestido, ya de suyo tan refulgente; y sin embargo, yo podía mirarla muy fijo. Y al par que luz era bondad. Se sonreía... ¡oh! ¡qué sonrisa! Yo me extasiaba, y aun me extasio pensando en ella. Cuanto tiempo su aparición me tuvo enajenado, no lo sé; pero ella al fin me habló, á mí, pobre gentil que no la conocía como vosotros los cristianos. He aquí sus palabras: «Muzusomy, olvida tus penas. El *prandú* á quien venerabas no era un Dios, sino una simple criatura de mi Hijo, autor de todas las cosas. Sólo El es el Dios verdadero, y toda hermosura, poder y bondad. De El he recibido todo lo que soy, mi felicidad, mi esplen-



México.— Capilla de la Presa de la Olla. (Pág. 51)

encomendé á Dios de todo mi corazón; mas luego, con el rostro radiante de una alegría celestial, continuó:

—No podía hartarme de la hermosura de aquella luz, cuando se me presentó á los ojos, todavía más resplandeciente, el centro de la visión, y en él la figura de una Reina, á quien aquella brillantez servía como de sombra ó manto.

Hubo aquí otra interrupción. Yo tenía los ojos arrasados en lágrimas, y lo mismo Tomé: no éramos nosotros los únicos que nos sentíamos enternecidos, tal era la fuerza de las palabras y del rostro resplandeciente del moribundo. En esto le pregunté en qué reconocía que la figura de la visión era una Reina; á lo cual respondió:

—¡Oh! ¡lo veía, lo sentía; sí, era una Reina!

dor y mi gloria. Tú has guardado la ley de tu conciencia según la medida de las luces que tenías; fuiste fiel en medio de los padecimientos; por esto he venido á consolarte y decirte que recibas el agua que lava el alma, no de manos de algún falso predicante, sino de manos de ese misionero católico á quien ves á menudo en la galería. Entonces serás hijo del Dios verdadero, que es mi Dios, y pronto entrarás en el reino de mi Hijo, donde gozarás conmigo su gloria y su bienaventuranza por los siglos de los siglos.» Entonces repitió su celestial sonrisa y me permitió contemplarla todavía más. ¡Qué delicia! ¡qué encanto tan embriagador!

La emoción le entrecortó el habla. Preguntéle qué lengua hablaba la Reina.

—Ninguna lengua, Padre; pero aquello era más claro que todas las palabras.

Satisfecho con tal respuesta, le dejé continuar:

—Como había venido, así desapareció, poco á poco. Corrí hacia la pared para que volviese, pero se había ido, y no volveré á verla sino en el cielo. Vuelto á mi camilla, pasé toda la noche en aquella dulce embriaguez que todavía me embelesa. Ya no me pesaban las horas que pasaba velando, pues tenía algo mejor que el sueño. Mi corazón se sentía librado de su enorme peso, y ya no vivía más que de mi visión. Sólo me afligía el no poder recibir el agua que lava el alma; pero sabía muy bien que no moriría sin haberla recibido, pues la Reina me había dicho que la pidiese. Démela, Padre, pues quiero ir pronto con la celestial Reina, á embriagarme de Dios y su bienaventuranza. He concluído mi historia.

Tras breve descanso, dije al moribundo:

—Ya ve V. cómo la Providencia de Dios le ha guiado en el negocio de su salvación eterna. Observante fiel de la ley que Dios escribe en el corazón de todos los hombres, V. obedecía siempre la voz de su conciencia. Además se sometió V. con paciencia y resignación á un castigo que no había merecido. Por esto la Madre de Dios le favoreció con su visita para enseñarle el camino del cielo. Desde luego voy á conferirle el santo Bautismo, en el cual le impondré el nombre de Juan María; María, como la Madre de Dios, su excelsa Abogada, y Juan, que significa colmo de gracia.

El moribundo me dió las gracias, y poco después le administré el sacramento de la regeneración con toda la solemnidad posible y en presencia de los presos gentiles. Le entregué después un crucifijo, una medalla y un escapulario, y dándole la bendición me retiré, absorto en la demostración práctica de la verdad de aquel axioma teológico: A quien hace lo que puede, Dios no niega su gracia.

Tres días después Muzusomy estaba en el cielo con Jesús y su Santísima Madre. Terminó su vida con éxtasis de júbilo, repitiendo á los que le visitaban:

—¡Soy feliz! sé que mi alma vivirá para siempre, y que con la Reina, mi Madre celestial, entraré en el paraíso para beber siempre de los raudales del río eterno de Dios. Bien tristes estarían Vds. si debieran morir ahora: para mí es al revés; toda demora me afligiría, pues es necesario pasar por la muerte para ir á contemplar la luz de Dios. La Reina del cielo me dijo lo que debía hacer; lo hice: ahora voy con Ella al reino de su Hijo, que es mi Dios.

CRÓNICA

Inglaterra.—El insigne sabio inglés, Sr. J. Prestwich, ha dirigido una comunicación científica á la Sociedad Real de Londres, en la que reluce la perfecta conformidad del relato bíblico sobre el diluvio universal y los datos suministrados por la geología.

El Sr. Prestwich ha observado en un terreno propiamente diluviano formaciones recientes no dispuestas en estratos ó capas, sino constituidas por materiales idénticos á los que componen las alturas vecinas; con la particularidad de no encontrarse en éstas

animales acuáticos, sino solamente terrestres. Estos son del género *felis*, mezclados y revueltos con los de jabalís, lobos, mamuths, linceos, antílopes, hienas, caballos, liebres, etc. Lo más notable de este precioso hallazgo son las brechas osíferas, ó sean grietas abiertas en las peñas llenas de restos de estos animales en inmensa cantidad.

Este fenómeno no puede explicarse de otra manera, sino como lo explica el Sr. Prestwich, conformándose en todo al relato de la Biblia. En efecto, nada más natural que principiando las aguas del diluvio á inundar los valles y lugares bajos, corrieran todos los animales á refugiarse en las alturas. Mas, como las aguas cubrieron completamente las alturas y montes más elevados, quedó allí sin vida esa enorme cantidad de animales muertos, cuya agrupación, impulsada por la corriente y el peso de los mismos cadáveres, quedó reunida en las hendiduras de las rocas, y allí revueltos y en confuso tropel fueron hacinados los huesos de gatos, osos, mamuths, elefantes, hienas, lobos, ciervos, etc.; y al disminuir las aguas quedaron sepultados aquellos perennes monumentos, mudos pero elocuentes testigos de las iras vengadoras del cielo.

Cuán cierto es que el estudio apasionado y las preocupaciones de una ciencia impía no sólo nos apartan de Dios y de su Iglesia, sino que van también contra el sentido común; mientras la verdadera ciencia, hija del cielo, explica del modo más natural los fenómenos más trascendentales y nos acerca más á Cristo y su inmaculada Esposa.

Bosnia.—Lisonjera es la situación religiosa de este país, pues aunque la mayoría de la población es musulmana, no deja de progresar allí el Catolicismo.

Sabido es que Austria dirige ahora los destinos de los bosnios, y que esta circunstancia no puede menos de ser favorable al Catolicismo. El pueblo en general está contento por haber sacudido el yugo de Turquía. Monseñor Salder, á quien ya se designa para el arzobispado de Agram, ha organizado admirablemente la diócesis de Bosnia, y se ha captado las simpatías de los musulmanes, atrayéndolos suavemente al Catolicismo. Además, como el país es muy pobre, la caridad del Prelado hace cada día insensiblemente nuevas y duraderas conquistas.

Constantinopla.—El *Diario Oficial* publica decretos del Sultán, por los que se conceden condecoraciones del Medjidié á los prelados católicos Mons. José Debés, maronita, arzobispo de Berito y á Mons. Stephan Avad, arzobispo de Trípoli en Siria.

—Leemos en una carta de Constantinopla fechada el 4 de Enero:

«En los días que han precedido á la Pascua católica, hemos tenido la satisfacción de asistir á la inauguración del nuevo edificio destinado á la Escuela que regentan los Hermanos de la Doctrina Cristiana, bajo la doble protección de Mons. Bonetti, delegado de Su Santidad en el Imperio otomano, y del embajador de Francia, que antes lo fué de España, Mr. Cambón.

«El Sultán, que se asocia á todo pensamiento noble, había concurrido con una bella ofrenda para la erección de este instituto cristiano.

«Los católicos, apostólicos, romanos, que residimos en Constantinopla, que somos muchos, hemos celebrado, según las costumbres de España, la fiesta de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Con respecto á los armenios católicos, á los gregorianos y á los griegos, ahora es cuando empieza la Pascua; pues sabido es que para éstos viene dos semanas más tarde que para los católicos.

«Antes de la Navidad católica y de la Pascua griega, armenia y gregoriana, han tenido la suya los hebreos.»

China.—Estando en el extremo Norte del vicariato de Shensi, en la parte meridional de China, el Rdo. P. Simón Teheng se encontraba en un pueblo donde había cincuenta y siete cristianos, de los cuales siete fueron bautizados el año 1892. Estos siete pertenecen á una sola familia, que la componen veinte personas, entre el padre, la madre, hijos y sobrinos. La más joven de las

hijas, llamada Cru, había aprendido el Catecismo como todos los demás; pero no había podido ser bautizada porque dudaba de la presencia real de Jesucristo en la Sagrada Hostia.

Un día Cru asistió a la Misa en compañía de otros fieles, cuando, terminado el Santo Sacrificio, se la vió que corría hacia el altar, y allí empezó á buscar levantando el paño y la sabanilla, y removiendo todos los objetos que había en el presbiterio. El Padre Simón, que estaba ocupado en instruir á los catecúmenos, al ver la actitud de la neófita la reprendió severamente por su poco respeto á las cosas sagradas.

—Ya sé, dijo ella, que esto no está permitido, pero yo sé lo que me hago, pues durante la Misa he visto sobre el altar á un niño de una belleza extraordinaria, y quiero saber en dónde lo ha escondido el Padre que ha dicho la Misa.

Comprendiendo el catequizante que se trataba de una gracia extraordinaria, condujo á la joven á presencia de sus compañeros y demás personas que se hallaban en el templo, y la hizo comprender el favor que Jesús acababa de dispensarla permitiendo que le viera real y verdaderamente como se encuentra en el Sacramento de la Eucaristía.

La joven rompió en copioso llanto, confesando su ingratitud para con el Señor, que tan visiblemente la favorecía, y pidió ser bautizada al momento.

Este milagroso hecho influyó para que otros habitantes del mencionado vicariato se convirtieran al Catolicismo.

—Según cierta curiosa estadística, el número de protestantes de todos matices que hay en China asciende á 33,750, y el de los católicos á 1,095,000. Los Centros de propaganda sectaria tratan de investigar las causas del escaso resultado de la predicación protestante, y no encuentran otra que el tráfico del opio: tienen ojos y no ven; decimoslo, no por los chinos, sino por los misioneros sectarios. Porque llevan los falsos apóstoles una vida cómoda, y para justificar sus gastos, les basta formar un inventario de las Biblias que reparten, mientras en carterá guardan otro de las utilidades que les produce el comercio, aunque sea de esa maldita droga que embrutece y mata á sus imbeciles consumidores. Jamás hemos podido comprender cómo pueblos tan positivistas como el inglés, derrochen así tan grandes sumas como las que realmente destinan á sus inútiles Misiones.

—No se ha desterrado del Código penal de la China el terrible castigo de sepultar en vida.

El misionero C. Pitón refiere el siguiente caso:

Un habitante del distrito de Tschugok era un empedernido fumador de opio. Para satisfacer su costosa pasión, que además le impedía de trabajar, vendió su hacienda, después á su mujer y luego á sus hijos sucesivamente.

Cuando estaba en tratos para enajenar el último, se reunió el consejo de familia y le amenazó con un severo castigo. Pero el hombre vendió su último retoño, y después cometió algunos robos en casa de sus parientes. La gota de agua que hizo desbordar el vaso fué la venta sacrilega de las tejas que cubrían el monumento funerario de los antepasados.

Reunido el consejo de familia, decretó que el culpable fuese enterrado vivo. Los parientes más jóvenes comunicaron la sentencia al delincuente, y éste, como un cordero, se dejó enterrar, pidiendo como único favor que se cubriera con césped la tumba.

El misionero Pitón explica esta docilidad por la creencia religiosa de que se va á la otra vida inmediatamente después de esta, y en la disposición de cuerpo que se tenía á la hora de la muerte.

Es horrible por esto el castigo del *lin tshi*, ó sea descuartizamiento; es terrible la decapitación, pues ambos castigos suponen muchas molestias en la vida futura. Pero el enterramiento en vida es un castigo peor.

Siam.—En este país (de cuyo Rey damos el retrato en la página 49), como en todas las comarcas de Asia, hay cristiandades fundadas desde mucho tiempo. Algunos portugueses instalados en aquellas regiones obtuvieron que el Arzobispo de Goa les mandase sacerdotes, y este Prelado ejerció su jurisdicción durante un siglo. En 1682 Alejandro VII nombró vicario apostólico al ilustrísimo de la Motte-Lambert, y desde entonces esta Misión, ora fa-

vorecida, ora perseguida por los reyes que se sucedieron en el trono, prosperó ó luchó, pero siempre valientemente.

Entre ocho millones de infieles cuenta en el reino veinte mil católicos, divididos en veintinueve estaciones principales y treinta y dos menos importantes. Encomendado á la Sociedad de Misiones Extranjeras, este vicariato apostólico lo dirige hoy el Ilmo. Vey, que reside en Bangkok. El Prelado tiene á sus órdenes treinta y seis misioneros europeos, once sacerdotes indígenas y cuarenta y seis catequistas, indígenas también. Numerosos asilos para huérfanos, un seminario, un colegio y florecientes escuelas para niño de ambos sexos afirman la vida y la influencia católica.

Colombia.—Según leemos en un periódico de Bogotá, los reverendos Padres Jesuitas acaban de sufrir una irreparable pérdida. Después de larga y penosísima enfermedad ha muerto, en la paz del Señor, el Rdo. P. Manuel Manzano, que primero en Panamá, y luego en los pueblos del interior, pasó los últimos años de su vida evangelizando aquel país con el fervor y constancia de un apóstol. Fué el P. Manzano uno de los pocos pero muy estimados sacerdotes de Guatemala que tan buena acogida se han merecido en Colombia, donde ejerció, con gran fruto, su santo ministerio. La sociedad panameña le recuerda con cariño, y fresca está su memoria en los pueblos de Santander, Boyacá y Tolima, que evangelizó en unión del infatigable P. Taboada. Sus modales y trato eran francos y expansivos, y su palabra persuasiva. Como su Divino Maestro, se rodeaba de preferencia de los niños inocentes á quienes instruía con amor, y hoy en los pueblos repiten los variados cánticos religiosos que les enseñó, y ciertamente que no serán los que menos paguen su tributo de amor y gratitud al finado, elevando sus oraciones por el descanso de su alma.

Filipinas.—Nuestro respetable amigo D. Leandro de Mella acaba de recibir la siguiente carta que leerán con gusto nuestros lectores:

«Queridísimo amigo: De nuevo me tiene V. en campaña en estas venturosas islas, reanudando la correspondencia que por largo tiempo quedó interrumpida gracias á mi quebrantada salud, que recobró nuevo vigor al grato influjo de los aires de la Península.

«Mas no es probable sepa V. el cambio de operaciones, porque me ha tocado en suerte la dirección de esta Escuela normal, que por decreto del Gobierno general acaba de ser promovida á la categoría de Superior. Este cargo no deja de ofrecerme ocasión de tener más estrechas relaciones con nuestros misioneros, porque entre los numerosos alumnos de esta Normal, no pocos pertenecen á Mindanao, de los cuales se espera con fundamento que sean poderoso auxilio para fomentar en aquella región el germen de la civilización cristiana. Y tengo también ocasión de conocer lo que valen estos indios, pues aun cuando por sus hábitos no estén acostumbrados al estudio, abrázalo con entusiasmo siempre que sea proporcionado á sus fuerzas: en pocas partes podrán emplearse mejor que acá los principios pedagógicos, y no cargando de materiales indigestos las inteligencias de estos jóvenes, puede adelantarse mucho para gloria del Señor.

«Ni crea V. que por esto me haya alejado del hermoso panorama que las Misiones de Mindanao ofrecen al que las admira, aunque sea de lejos, como yo, porque al través del espacio que se interpone entre Manila y aquella grandiosa isla, puedo decir á usted que siguen nuestros misioneros la obra comenzada. Por carta del 2 del actual decía uno de ellos: «Fuimos á explorar un terreno completamente dominado por el *mal caudillo* (1). Es verdad que nos vimos en gran manera molestados y hasta desagrados por las innumerables sanguijuelas, que se apoderaron de nuestros pies y piernas; que á lo mejor se nos concluyeron las proyecciones de boca; que tuvimos que pasar días y noches en covachos ó en la cumbre de altos árboles parecidos á nidos; pero todas estas privaciones y molestias se hacían fáciles y llevaderas ante el gozo de poder ganar para Jesucristo á hombres octogenarios y á viejísimas mujeres, á los prohombres y capitanes rea-

(1) Nombre que San Ignacio da al demonio en el libro de los Ejercicios.

«cios del Mandarismo, habiéndose bautizado varios, y concibiendo fundadas esperanzas de nuevas conquistas.»

«Esto escribía un misionero del Este de Mindanao, y en otras cartas le iré dando nuevos detalles, en cuanto lo permita el nuevo género de ocupaciones en que me hallo metido.

«Sirva, sin embargo, de estímulo la presente á las numerosas personas que en esa nobilísima ciudad tanto estiman y favorecen las Misiones de Mindanao.

«Seguimos con pena la huella de tantas aflictivas noticias que de esa Península llegan: parece que la distancia que nos separa aguijonea el corazón que ansia la felicidad de su patria, como el hijo fiel ama la ventura de su madre. ¡Que el Señor se apiade de España, y ojalá que nuestra pena sea pequeña ofrenda que aplaque la Divina Justicia!

«Le deseo felices Pascuas, y con V. á los numerosos amigos de esa ciudad, á quienes saludo cordialmente.

«De V. affmo. seguro servidor y amigo, q. s. m. b. HERMENEGILDO JACAS, S. J.»

Noticias varias.—Se va á fundar en Bruselas una Sociedad de estudios coloniales, atendiendo á que, desde el año 1900, entrará el país en posesión de la gran colonia del Congo por cesión que el Rey le ha hecho.

En la expresada Sociedad tomará una gran parte el clero, singularmente el que se dedica á las Misiones en países infieles. La Sociedad Antiesclavista, ya establecida, cooperará al objeto de la colonia que ahora se instituye.

—Las Religiosas Benedictinas del monasterio de Krozé, en Lituania, han sido trasladadas, por orden del Gobierno ruso, á Kovno, habiéndose cerrado el monasterio. Con este motivo ocurrió un tumulto en el pueblo católico, y las autoridades imperiales tuvieron que emplear medidas de fuerza.

—En Siria, y principalmente en Damasco, se observa gran agitación entre los musulmanes, y tanto que es de temer que dentro de poco tiempo se repitan los antiguos atropellos contra los cristianos. Afortunadamente, las Autoridades turcas despliegan la mayor vigilancia para conjurar el mal que todos presienten.

VARIEDADES

EL ADUAR

EL aduar en Marruecos está compuesto ordinariamente de diez, quince ó veinte familias ligadas entre sí generalmente por vínculos de parentesco, y teniendo cada familia su tienda.

Las tiendas están dispuestas en dos líneas paralelas, distantes treinta pasos unas de otras, de modo que forman en el centro una especie de plazoleta rectangular, abierta por dos lados.

Estas tiendas son casi todas iguales. Consisten en un gran trozo de tejido negro ó color de chocolate, hecho de fibra de palmeras enanas ó de pelo de cabra ó de camello, sostenido por dos palos ó dos gruesas cañas, unidos por una traviesa de madera que forma el techo.

Su figura es todavía la de las viviendas de los nómadas de Yugurta, que Salustio comparaba á una nave quilla arriba.

En invierno y en otoño la vela está tendida hasta tocar en tierra, y sujeta con cuerdas á unas estaquillas para que no penetre el viento y el agua.

En verano se deja alrededor una ancha abertura para que circule el aire. Por este medio las tiendas son más frescas en verano, y están más cerradas en la estación

lluviosa que las mismas casas moras, que no tienen huecos ni vidrieras.

La altura máxima de una tienda es de dos metros y medio; la longitud de diez, y las que pasan de esta medida pertenecen á un opulento jeque, y son raras. Una pared de juncos divide la tienda en dos partes; á un lado duermen el padre y la madre, al otro lado los hijos y el resto de la familia.

Una ó dos esteras de mimbres, una caja de madera pintada de arabescos para guardar la ropa, un espejito redondo de Trieste ó de Venecia, un alto trípode de caña que cubren con el jaique para lavarse debajo, dos piedras para moler el grano, un telar de la misma forma que en tiempo de Abrahán, algunas vasijas de barro, pieles de cabra, platos, una rueca, una silla de montar, una espingarda, una gumía, es todo el ajuar de esta casa.

En un rincón cualquier utensilio, á la entrada un hornillo, á un lado de la tienda un pequeño huerto, y más lejos algunos silos revestidos de piedra ó cemento, donde se conserva el grano.

En casi todos los grandes aduares hay una tienda separada, donde está el maestro de escuela, al que paga el aduar cinco pesetas al mes, sin contar muchos víveres y provisiones.

Todos los muchachos van allí á repetir cien mil veces los mismos versos del Corán, y á escribirlos, cuando los saben bien de memoria, sobre una tablilla de madera.

La mayor parte de ellos dejan la escuela antes de saber leer para ir á trabajar con sus padres, y olvidar en poco tiempo lo que han aprendido.

Los muy pocos que tienen fuerza de voluntad y pueden estudiar, continúan en la escuela hasta los veinte años, para ir luego á completar los estudios á una población y hacerse *taleb*, que significa escribano ó notario, y equivale á sacerdote, porque entre los mahometanos, la ley religiosa y la civil son una misma cosa.

La vida que se hace en estos aduares es sencillísima.

Todos se levantan al alba, rezan sus oraciones, ordeñan las vacas, hacen manteca y beben el suero, sirviéndose para beber de conchas que compran en las poblaciones de la costa.

Después, los hombres se van á trabajar al campo y no vuelven hasta la noche. Las mujeres van á buscar agua y leña, muelen el grano, tejen las ásperas telas con que se visten ellas y sus maridos, hacen cuerdas para las tiendas con fibras de palmeras enanas, envían la comida á sus maridos y preparan el alcuzcuz.

Este se mezcla con habas, cebollas y otros vegetales; algunas veces lleva azúcar y caldo de carne, y en los días grandes se come con carne.

Cuando vuelven los hombres, cenan, y á la puesta del sol se echan generalmente á dormir. Algunas veces, después de cenar, algún viejo cuenta una historia, rodeado de sus parientes. Durante la noche el aduar queda sumergido en el silencio y en las tinieblas; sólo alguna familia tiene delante de su tienda una lucecita para que sirva de guía á los caminantes extraviados.

El vestido de los hombres y de las mujeres consiste en una camisa de algodón, una capa y un jaique. Las capas y los jaiques no se lavan más que tres ó cuatro veces al año, con motivo de las fiestas solemnes, por lo cual son casi siempre del color de la piel ó más negros.

La limpieza del cuerpo está más cuidada, porque no se puede orar sin hacer las abluciones prescritas por el Corán.

Las mujeres se lavan todo el cuerpo por las mañanas, escondiéndose debajo del tripode cubierto con el jaique. Pero trabajando como trabajan, y durmiendo como duermen, siempre están sucias, á pesar de que (¡oh milagro!) hacen uso del jabón.

En el tiempo de descanso muchos juegan á los naipes, y cuando no juegan es una gran diversión para los hombres tenderse boca arriba en el suelo y jugar con los niños; pero este cariño se enfría según van creciendo.

Muchos de estos hijos del aduar llegan á la edad de diez ó catorce años sin haber visto jamás una casa, y es curioso oír contar á los moros y á los europeos de las poblaciones que los toman á su servicio, el aturdimiento que sienten al entrar por primera vez en una habitación; cómo tientan las paredes, cómo pisan el pavimento, y con qué viva emoción se asoman á las ventanas y ruedan por las escaleras abajo.

Los principales acontecimientos en estos pueblos errantes, son los matrimonios. Los parientes de la desposada, con gran estrépito de tiros y de voces, la conducen, sentada á la grupa de un camello, al aduar del esposo, envuelta en un manto blanco ó azul turquí, toda perfumada, con las uñas teñidas y las cejas pintadas.

El aduar del esposo, por su parte, convida á todos los aduare vecinos, de los cuales acuden casi siempre cien ó doscientos hombres armados con espingardas.

La esposa baja del camello delante de la tienda de su futuro marido, se sienta en una silla adornada y llena de flores, y asiste á la fiesta.

Mientras los hombres hacen el juego de la pólvora, las mujeres y las niñas, formadas en círculos en torno de ella, bailan al son de un tambor y un pito formadas en círculo en torno de un jaique tendido en tierra, en el cual todos los convidados echan una moneda para los esposos, y un pregonero anuncia en alta voz el regalo.

Hacia la noche cesa el baile, callan las espingardas, se sientan todos en el suelo, traen enormes platos de alcuzcuz, pollos asados, carneros, té, dulces, frutas, y la cena se prolonga hasta más de media noche.

Al día siguiente la esposa, vestida de blanco, con una faja roja arrollada por la cara, tapándose la boca, y la capucha echada sobre la cabeza y acompañada de sus parientes y amigos, va por los aduare vecinos otra vez á recoger dinero.

Cuando uno muere, repiten los bailes. El pariente más próximo del difunto recuerda sus virtudes; los demás, agrupados en torno suyo, danzan con gestos dolorosos, se cubren de fango, se arañan la cara y se arrancan los cabellos; después lavan el cadáver, lo envuelven en un lienzo nuevo, lo llevan al cementerio y lo sepultan apoyado sobre el lado derecho, con la cara vuelta al Oriente.

Estas son las costumbres, por decirlo así, públicas; pero las íntimas ¿quién las conoce? ¿Quién puede seguir los hilos de que está formada la trama de la vida de un aduar? ¿Quién puede saber cómo se mueven las calumnias, de qué extraño modo y con qué extraños accidentes se producen y luchan los celos, la envidia; qué vir-

tudes brillan, qué sacrificios se consuman y qué abominables pasiones existen entre aquellas paredes de tela? ¿Quién puede remontarse al origen de sus fabulosas supersticiones? ¿Quién puede esclarecer aquella raza, mezcla de confusas tradiciones paganas y cristianas, las cruces marcadas en la piel, la vaga creencia en los sátiros, cuyas hendidas huellas encuentran en la tierra, la muñeca llevada en triunfo al brotar el grano, el nombre de María invocado en auxilio de las parturientas, y los bailes en círculo que recuerdan las ceremonias de los adoradores del sol?

Sólo una cosa se ve cierta; la miseria. Viven de los escasos productos de la tierra mal cultivada, agobiados por impuestos onerosísimos, recaudados por el jefe del aduar, elegido por ellos ó sometidos directamente al gobernador de la provincia.

Pagan al Gobierno en dinero ó en especie la décima parte de la cosecha, y una peseta por término medio por cada animal.

Pagan cien pesetas al año por cada trozo de terreno que puede arar una yunta de bueyes. Hacen al Sultán, las principales fiestas del año, un regalo obligatorio que equivale casi á un impuesto de cinco pesetas por cada tienda.

Desembolsan dinero ó entregan víveres al arbitrio de los gobernadores, cuando paga el Sultán un bajá, una embajada ó un cuerpo de ejército. Además de esto, cualquiera que tenga dinero está expuesto á las vejaciones de los gobernadores, que no las ocultan ni las excusan bajo ningún pretexto, sino que las llevan á cabo con desvergonzada violencia. Es una desgracia tener fama de hacendado.

El que tiene un corto peculio, lo entierra, vende á escondidas y finge miseria y hambre. Ninguno acepta en pago de cualquier cosa una moneda denegrida, aunque esté seguro de que es buena, porque puede parecer desenterrada y puede dar que sospechar á los que andan á caza de tesoros.

Cuando muere un hacendado, sus parientes, para librarse de la rapiña, hacen un regalo al gobernador. Regalan para pedir justicia, para evitar persecuciones y para librarse de morir de hambre; pero cuando al fin el hambre los atormenta y la desesperación los ciega, abaten las tiendas, empuñan las espingardas y lanzan el grito de la sublevación.

¿Qué sucede entonces? El Sultán desata tres mil furias á caballo, que van á sembrar la muerte en el país rebelde. Cortan cabezas, roban los ganados, apresan las mujeres, incendian las mieses, reducen la tierra á un desierto cubierto de ceniza y de sangre, y vuelven á anunciar á palacio que está dominada la rebelión. Pero si la sublevación cunde y no surten efecto los medios con que el Gobierno trata de desunir las fuerzas y dispersar los ejércitos y quedar por dueño del campo, ¿qué ventajas alcanza fuera de aquellos días de libertad guerrera que le cuestan millares de vidas? Elegirán otro Sultán y provocarán una guerra civil entre las provincias, después de la cual vendrá un despotismo mayor: esto es lo que viene sucediendo hace siglos.

E. de A.